CARTA CIRCULAR

Del P. Provincial Matheo Ansaldo, en que dà noticia à los Superiores locales de su Provincia de Nueva-España de la Compañia de JESUS, de la religiosa vida del V. P. Dr.

PEDRO FERNANDEZ ZORRILLA, Professo de la mesma Campañia.

RR. PP.

P. C. &c.

SASTISFAGO A LA OBLIGACION DE MI oficio communicando à VV. RR. una compendiosa Relacion de la religiosa vida del V. P. Dr. PEDRO FERNANDEZ ZORRILLA: que yà se echaba menos en la Provincia. Sin duda, que el deseo mismo de llenar el gran concepto, que se tenia de sus virtudes, fue dilatando tanto la execucion, que mudandose el systema del gobierno, no avia yà quien perfeccionasse este assumpto. Màs considerando Yo, que debia atender, asi à la comun edificacion de los nuestros, como à la buena memoria de un Sugeto verdade-

dade-

daderamen e digno de contarſe entre los Varones iluſ-tres de nueſtra Compañia; apliquè mi cuydado à reco-ger algunas noticias: y ſon las què ofrezco à VV. RR. en eſta Carta.

Naciò el V. P. Dr. Pedro Fernandez Zorrilla, dia 1. de Julio del año de 1677. en la cèlebre Villa de Santa Fee, Real de Minas de Guanajuato. Fue ſu Padre el Sargento Mayor D. Pedro Fernandez Zorrilla, iluſtre hijo del Sr. D. Mathias Fernandez Zorrilla: que avien-do ſervido las Secretarìas de los Reales Conſejos por mas de quarenta años, muriò Conſejero de Eſtado. Casò en las Montañas de Burgos, ſu Patria, con Doña Prudencia Barruelos, Señora de muy antigua nobleza: y aviendo paſſado à la Corte de Madrid à ſervir à ſu Mageſtad, tuvo à màs de D. Pedro, otros pimpollos por donde ſe propagò ſu familia. De la que actualmen-te viven el Sr. D. Gaſpar de Zorrilla San Martin, en el Conſejo de Guerra, con honores del de Caſtilla: y tres hermanos ſuyos en muy luſtroſos pueſtos. Uno es Go-bernador de Ocaña: otro Arzediano de la Santa Igleſia Cathedral de Valencia, y electo Inquiſidor de Murcia: el tercero Coronèl de Infanteria Eſpañola en los Reales Exercitos. Paſsò D. Pedro à eſtos Reynos en la familia del Exc.mo Sr. Duque de Veraguas, Virrey proviſto para el de Nueva-Eſpaña, ofreciendole buena ocaſion, y aun exitandole el deſeo ſu hermano el General Adrian Pulido, Cavallero del Orden de Santiago, que condu-cia la Flota aquel año: que fue el de 1660. Y aunque

la

PUCB

la temprana muerte del Señor Virrey le quitò esta sombra; no por esso fue desatendida su persona, que en sì mesma traìa mucha recomendacion, para este Reyno: donde exerciò el empleo de Justicia Mayor en varias Provincias, y ultimamente el de Thesorero, Juez, Oficial Real de los Reales haberes en Guanajuato.

Su Madre se llamò Doña Maria Cano de Tobàr, natural de la Ciudad de Zelaya. Fuè hija del Depositario General D. Christoval Cano: de cuyo matrimonio con Doña Michaela Carbajal, salieron muchos ramos en que oy se enlaslan las familias, de los Señores Condes de Santiago, y de Miravalles, y otras de igual esplendor, assi en esta Corte, como en todo el Reyno. Y aunque conspiraron todas las naturales causas para ilustrar el nacimiento del V. Padre con tanta, y tan escogida nobleza, que recogieron sus Progenitores, todavia fue mayor que su nobleza, su piedad: pudiendose con toda verdad decir de ellos, que ambos eran justos delante del Señor. Era D. Pedro Padre comun de pobres: para cuyo socorro tenia siempre en su casa grande provision de aquellas semillas, que son el ordinario sustento de esta gente: y no llegò à sus puertas necessidad alguna, que no volviesse sobreabundantemente remediada. Ni se contentaba su liberalidad compassiva con llenar, à los que pedian, las manos: estendia tambien las proprias à los retretes, donde se escondia avergonzada la miseria. No era menos cuydadoso de la paz publica: conservandola siempre por los medios, que le sugerìa

la christiana prudencia. Componia las diferencias de los Vecinos unos con otros, y daba à los Justicias santas instrucciones, y modos licitos para que hizieran su negocio sin perjudicar al Vecindario: que suele ser en la Ciudad de Zelaya pabulo de los litigios, que continuamente la han vejado. Añadia piadosos exercicios, frequencia de Sacramentos, y leccion de libros devotos: mostrando en todas sus acciones, una Alma muy pura, una conciencia temerosa, y un eficàz deseo de su salvacion.

Doña Maria pudo ser verdadera copia de la Muger fuerte, en el temor de Dios, gobierno de su casa, y cuydado de su familia. Su primer exercicio, en amaneciendo, era la Santa Missa: con que se preparaba para la confessión, y comunion, los dias que le tenia asignados su Padre espiritual. El ultimo, à la noche era el Rosario de MARIA Santissima: devocion, que procurò entrañar en sus hijos: con quienes lo rezaba, y à que no faltaban los criados, y familiares de la casa. Entre dia los tenia à todos ocupados: y velando sobre todos, conseguia, que cada uno cumpliesse con las obligaciones de Christiano. Nunca se fue à recoger sin aver antes visitado las camas de sus hijos. A estas rociaba con agua bendita, y santiguandolas con muchas Cruzes invocaba à los Angeles Custodios, para que protegiessen à los que en ellas dormian.

De Matrimonio tan santo se siguiò mucha bendicion en los frutos, no yà porque fueron cinco; si,

por

porque en cada uno renaciò la virtud de los Padres. El primero fue D. Joseph, que muriò Prebendado de la Santa Iglesia Cathedral de la Puebla de los Angeles, y huviera ilustrado grandes puestos si no lo arrebatara Dios del Mundo al primer passo de sus ascensos. Segundo fue D. Pedro: à quien guardò la providencia para confusion de los que viven en el siglo engreìdos con la prosperidad, y para exemplo de los que dexando el siglo por la Religion, siguen à Christo con la practica de todas las virtudes.

La crianza correspondiò al cuydado, que debe suponerse en tan buenos Padres: de que le proveyò Dios con especial consejo; para que preservando à aquella tiernecita Alma de las impressiones primeras de la malicia, pudiera á su tiempo, ir obrando la gracia, y disponiendola à una eximia santidad. Assi fue: que conservando puro el candòr de la innocencia, y prevenido con bendiciones de dulzura; quando despertò la razon, comenzò à gustar el Niño de todo lo bueno. Iba aprovechando en las letras proprias de aquella edad; à que luego le aplicaron sus Padres, y juntamente en la virtud; de la que yà daba no vulgares indicios. Huìa de los otros muchachos, apeteciendo mas, el retiro, que los pueriles entretenimientos: aun dentro de su misma casa, muchas vezes lo hallaban en los rincones buscando à Dios. Y no teniendo entonces otras especies, que las que se le entraban por los ojos, las solicitaba en los lienzos: cuyas devotas pinturas

mira-

miraba con grande atencion, llevandosela mas que todas, las de aquellos Santos, que se representaban haziendo vida solitaria.

Siendo mayor, su passeo era el Templo, gastando alli muchas horas en ayudar las Missas, y beber la entrañable devocion, que conservò siempre à la bellissima Imagen de nuestra Señora, con que previendo los muchos thesoros, que avia de tributar à su corona; enriqueciò à aquel Mineral el Señor Emperador Carlos Quinto. Embiò su Magestad à este Reyno varias estatuas de la Señora con la advocacion del Rosario. Cupo una à Guanajuato, que ha sido el imàn de la devocion; tanto que para assegurarse en su possession, poniendole en lugar del Rosario un imperial Ceptro: con la mudanza de insignia, le mudò el titulo, llamandola desde el año de 1732. en que le dedicò un primoso Camarin, con el nombre de Nuestra Señora de Guanajuato. En esta Fuente bebia el niño Pedro rayos de fuego, què encendian su corazon, y lo aficionaban al Original soberano, que tan vivamente su simulacro representaba. Desde entonces le comenzò à ofrecer cada dia el tributo de sus alabanzas: y haziendose agente de esta santa devocion, juntaba de noche à todos los de la familia, para que con èl, lo ofreciessen todos. No podia esconderse en la capacidad del vaso el aroma de la Divina gracia: se difundia la fragrancia en todas las obras al exterior del que como buen olor de Christo se hazia sentir de quantos en èl ponian los ojos, la virtud.

Era ſingular ſu modeſtia, y natural encogimiento: ſus palabras puras, y muy medidas: ſus diverſiones la oracion, y exercicios de piedad, en que empleaba, del tiempo, el que tenia libre, y de ſus goloſinas quantas le ofrecia la abundancia domeſtica, dandolas de limoſna à los pobres, á quienes amaba compaſsivo, y aviendolos ſocorrido por sì meſmo, hazia ſus cauſas para que con mas abundancia los ſocorrieſſen ſus Padres.

Quienes paſſandoſe à vivir á Zelaya, y con ellos D. Pedro, continuaron el miſmo tenor de vida, que en Guanajuato. Aunque yà D. Pedro como mas adelantado en edad, ſe iba tambien adelantando en el ceſſo: procurando deſde entonces communicar perſonas grandes. A eſte fin acompañaba ſiempre à ſu Padre, eſpecialmente quando viſitaba à los Religioſos de San Franciſco, cuyo trato, como èl meſmo aſſeguraba deſpues, aprovechò mucho à ſu Alma. Aqui ſe hallaba D Pedro haziendo tiempo para ſeguir el camino de los eſtudios, ſegun ſu Padre diſpuſieſſe. Pero Dios quiſo hazer la diſpoſicion ſuya quitandole à D. Pedro, quando contaba apenas nueve años repentinamente el Padre, y con èl todo ſu remedio. Eſtaba actualmente D. Pedro ayudando à Miſſa, quando corriendo la voz de la deſgracia llegò à ſus oìdos. Las circunſtancias todas del fracaſo eran ſobradas, para ſorprender el animo de un niño, en quien menor motivo, ſaca muchas lagrimas, quita el acuerdo, y obliga à eſtrañas demoſtraciones de dolor. Mas D. Pedro ſiendo tan tierno: y

te-

teniendo puesto en su Padre todo el cariño: y lo que es mas, sobrandole discurso, para alcanzar lo tragico del succesSo, ni se immutò, ni se apartò del Altar hasta que se acabò el Sacrificio. Esta entereza de animo, aunque no fuesse efecto de la virtud, prueba por lo menos la grandeza de su corazon, que le ayudò mucho en el camino espiritual, para acciones heroycas.

Huerfano improvisamente se hallò D. Pedro, pero no sin abrigo: porque Dios, que lo avia tomado al cuydado suyo le proveyò de otro Padre tan bueno, como el que le quitò. Estaba en la familia del Il^{mo}. Sr. Dr. D. Manuel Fernandez de Sta. Cruz, dignissimo Obispo de la Puebla de los Angeles, su hermano D. Joseph; y sabiendo de este, su Señor aquel fracaso; desseoso de su alivio pidiò à D. Pedro para su Palacio: infiriendo por los proced̃eres de D. Joseph, quales serian los de su hermano D. Pedro. Fue dictamen de este prudentissimo Principe servirse de personas nobles; assi porque sus nativos respectos los executaran à obrar bien, como porq̃ la pobreza no los necessitasse à obscurecer el lustre de su sangre, con bastardas operaciones. Entrò D. Pedro en un Palacio, que tenia la planta misma, que el de Salomon en el gobierno; y el de un observante Monasterio en la virtud. Todos los de èl, à màs de la Missa quotidiana à que assistian juntos, daban tiempo al examen de la conciencia, leccion espiritual, y oracion. Salian fuera determinados dias, y siempre acompañados. Tenian assimesmo dias assignados para la co-

munion, y Confessor de la eleccion de su Ill^ma. que lo era el Dr. D. Ignacio de Asenjo Sugeto tan docto, como espiritual; que muriò Prebendado, y provisto Thesorero Dignidad de aquella Santa Iglesia.

No estrañò D. Pedro el nuevo domicilio; porque venia habituado à la regularidad del proprio. Ni tardò mucho la comprehension del Señor Sta. Cruz en penetrar los fondos de su reciente Alumno, observando su modestia, buenas inclinaciones, honrados respectos, devocion, y grande habilidad para las letras. Por lo que gozandose de su buena fortuna, se aplicò à su cultivo, esperando sacar un gran Sugeto, correspondiente à la mucha capacidad, que se descubria en el Niño. Quien entrò à estudiar la Grammatica en el Seminario de S. Pedro, annexo al Tridentino de San Juan, en que estàn los Estudios mayores. Los Maestros, que entonces enseñaban en ambos Colegios, eran muy escogidos, y hallando en D. Pedro tierra muy pingue, en poco tiempo cogieron mucho fruto. Acabò la Grammatica D. Pedro saliendo el mas aventajado de sus Condiscipulos, y entrò à cursar la Philosophia: en que aprovechò tanto, que aviendo sustentado funciones muy lucidas, mereciò al fin el premio del primer lugar: que obtuvo, y desempeñò en la Real Universidad con mucho credito de su Maestro, y gozo de su Señor Ilustrissimo. Pagado este, cada dia mas, de las grandes prendas, que iba experimentando en D. Pedro, no le queria apartar de sì. Hazia que de noche durmiesse en su mis-

ma recamara, y entre dia se estuviesse à su lado, fiando de su letra, que era muy buena, y de su pecho, que era un arcano, los negocios de mayor importancia. La continua asistencia, y tarèa à este privativo despacho de su Ilma. sobre el trabajo del estudio, era muy nociva à la salud de D. Pedro. Lo que sabiendo el Mayordomo, puso en noticia de su Señor; para que este le aliviasse la carga, y no se malograsse con la enfermedad, Sugeto de tantas esperanzas. Diò el Sr. Obispo una respuesta, en que manifestò el alto concepto, que de su Amanuense tenia, diciendo: *Pues sin D. Pedro, no puedo despachar.*

Haziendo, pues, oficio de Secretario, continuaba D. Pedro sus estudios: y adelantandose en la Theologia, mucho mas que lo avia hecho en el curso de Artes; hizo un exemplar, nunca visto hasta entonces, en aquellos patios: y fue un Acto mayor de todo el dia, que sustentò con admiracion de todos los doctos. Muchos años fue este Acto el unico: pero si, aviendose tenido despues otros, quedò solamente con la gloria de primero; nunca perdiò la singularidad, que le dieron varias circunstancias, que no es facil concurran otra vez. Una fue la expedicion del Estudiante en solos diez y ocho años, que contaba de edad: otra la authoridad del Theatro, en que siendo Mecenas el Señor Obispo de la Puebla, fue asistente un Señor Arzobispo de Manila. Premio de esta tan lucida como extraordinaria funcion, fue la Sacristia de la Parrochial del Señor San Joseph: beneficio de los mas pingues, que tiene aquella

Mitra,

Mitra, y que le aplicò ſu magnifico Mecenas, como principio de los aſcenſos, que premeditaba en ſu corazon conſeguirle. No tuvo efecto eſte deſeo, porque el año ſiguiente muriò el Señor Santa Cruz. Pero como yà lo avia pueſto en el camino, y poco deſpues dadole el Magiſterio de Rhetorica en el Colegio de San Pedro, poco auxilio huvo D. Pedro meneſter para continuar ſus glorioſos paſſos. Recibiò en la Univerſidad de Mexico la Borla de Doctor Theologo con aprobacion univerſal, y particular complacencia de ſu meritiſsimo Clauſtro. Y contribuyendo eſtimaciones el Venerable Dean, y Cabildo Sede-vacante de la Puebla, lo promoviò de la de Rhetorica, à la Cathedra de Philoſophia: y de eſta deſpues à la de Sagrada Eſcriptura, que leyò haziendo en todas demoſtracion de una grande literatura, y de una igual virtud. La que refinò mas, aviendo recibido los Sagrados Ordenes: porque careandoſe con las altas obligaciones del eſtado, entendiò que debia anhelar à mayor pureza de alma: y à eſte fin añadiò à las que yà uſaba, mas mortificaciones, oracion, y retiro.

Luego que falleciò el Señor Obiſpo, ſu Señor, ſe paſsò à vivir con ſu hermano el Dr. D. Joſeph, haziendo clauſtro de ſu caſa. De eſta no ſalia, ſino à lo muy preciſſo; repartiendo el tiempo en el ſervicio de ſu Cathedra, y en el adelantamiento de ſu eſpiritu. Decia la Miſſa con notable devocion: y aviendo dado gracias muy de eſpacio, con el eſpacio miſmo, y devocion rezaba el Oficio Divino; pagando puntualmente à Dios

este tributo de alabanzas. Lo restante de la mañana, gastaba en el estudio de una, y otra Theologia: Expositiva, y Moral. A la tarde aviendo satisfecho à la obligacion del Oficio Divino, salia para su leccion. La que concluìda, si no volvia derechamente à su casa; era porque lo llevaba su afecto à visitar en su Capilla à la Señora del Rosario, sita en el Convento de los RR. PP. Predicadores de aquella Ciudad. De noche se encerraba en su quarto à otros espirituales exercicios, que tenia reservados para aquel tiempo.

No aprobaba tanta abstraccion, su hermano D. Joseph: que siendo de genio muy sociable quisiera, que D. Pedro divirtiesse el animo communicando con algunas personas, en quienes no tenia que rezelar su escrupulo, el menor inconveniente: como lo hazia el mesmo D. Joseph. Quien solicitando un honesto entretenimiento, iba à prima noche à casa de otros amigos: y queriendo, que le acompañasse D. Pedro, no lo pudo conseguir; dando este por ultima razon à las instancias del hermano, que queria salvar su Alma. Lo cierto es, que à este santo fin no se oponian los intentos de D Joseph: pero D. Pedro era tan temeroso de conciencia, que aun en un recreo licito, solo porque era recreo, hallaba repugnancia; y lo reusò resueltamente, negandose aquel corto alivio por vivir mas lexos de los peligros del mundo.

Quien assi escrupulisaba en lo honesto, yà se supone qual seria su recato en todo aquello, que pudiera ser

ser culpa. Este fue siempre à mas: porque experimentando con la edad mesma fuertes incentivos à lo malo, fue siempre poniendo las defensas, que conducian à su seguridad. De èl siendo Niño solia el mismo D. Joseph; para explicar su encogimiento decir: *Este mi hermano Pedro es horrendo*. Aludia al digusto, que D. Pedro mostraba quando en la conversacion le referia algun chiste festivo: que solo porque le parecia menos decente; no pudiendo atajarlo, le salia à otra pieza dexando la conversacion. Y aviendo hechose horrendo à su hermano, quando no avia mas, que un imaginado peligro; hallandose aora en edad adulta, quando estàn en su fuerza las pasiones: y con libertad, que es mayor enemigo, se hizo à sì mismo horrendo, negandose todo trato, y viviendo en un sumo retiro. Este dispensaba solo por assistir à los exercicios devotos, quando los avia en la Iglesia de S. Phelipe Neri, y a los exemplos la Quaresma en el Colegio del Espiritu Santo.

Assi vivia entonces D. Pedro, que pudiera ser exemplar de Ecclesiasticos Seculares, y aun de muy austèros Religiosos, haziendose amar de Dios, y estimar de los hombres. Quienes no sabian de què admirarse mas; si de sus escogidas letras, ò de sus no vulgares virtudes: particularmente quando era parte en las funciones literarias. En las quales jamàs se le oyò, ni en el ardor del argumento, ni en la eficacia de la respuesta, palabra que sonasse á presumpcion. Era muy estimada en nuestros Generales su replica; en la que juntaba con

una grande dificultad, inalterable forma, igual energìa, y no menor agudeza. Y como èl mismo confessaba despues, iba tan desconfiado de sì, que apenas le dexaba alientos para hablar el temor. Todos alababan su modestia: en la que mostraba su nativa humildad, y el cuydado nimio, que tenia en sus afectos, y palabras; para no propassar los terminos de la razon.

Yà se avian apossessionado de su conciencia los escrupulos, que lo martyrizaron toda su vida; sin aver sido bastantes à su remedio, los muchos, que le aplicò la prudencia de sus Confessores: que hasta este tiempo avian sido tres, muy diestros todos en el gobierno de Almas escrupulosas. Y à este fin de correr el camino espiritual con provecho assentò dos dictamenes: uno communicar à un solo Confessor su Alma; otro, que aviendo de mudarlo, fuesse el succesor eleccion del antecedente. El primero fue el Dr. D. Ignacio Asenjo, puesto por el Señor Santa Cruz, para toda la familia. Este, no pudiendo continuar el exercicio, determinò, que D. Pedro prosiguiesse confessandose con el Br. D. Joseph de Fuentes, Sacerdote exemplar, y muy amertelado por nuestra Compañia: que le debiò siempre solidas estimaciones, y todos aquellos buenos oficios, que le ofrecia la oportunidad. Comenzò el Br. Fuentes à dirigir à D. Pedro; y reparando en su hijo espiritual tanta delicadeza de espiritu, desconfiò de sì, por su mucha humildad, y le aconsejò buscasse la conducta de alguno de los de la Compañia: dando por razon, que en

qual-

qualquiera de sus Padres, hallaria todo aquel zelo, literatura, y discrecion, que se requieren, para el espiritual magisterio.

No desagradò à D. Pedro la propuesta: porque aunque jamàs avia communicado à los nuestros, tenia de ellos concepto grande, por lo que avia oìdo de su religiosidad, y talentos; por lo que reparando en el porte, circunspeccion, y modestia con que los veìa en las funciones publicas se les avia naturalmente aficionado. Mas como era maxima suya, no tomar Confessor nuevo, sin que se lo asignasse el antiguo, puso en manos del Br. Fuentes todo el arbitrio, para la determinacion del Sugeto. Dirigiòlo este al P. Juan Carnero Jesuita, tan cabal, como lo pide nuestro santo Instituto: que era entonces Prefecto de la Ilustre Congregacion del Populo. Recibiò en esto tanto gusto D. Pedro, como que se le cumplia el deseo de tratar à los Jesuitas, y lograr la direccion del P. Juan Carnero: à quien yà veneraba su respecto, por uno de los Varones mas doctos, y espirituales de aquella Ciudad. Sujetòsele como un niño: obedeciendo à sus mandatos, practicando sus reglas, y no apartandole un punto de su voluntad. Mucho adelantò el Dr. Zorrilla, baxo del magisterio del P. Juan: porque serenandose su conciencia, estaba mas expedito para el trato con Dios, y otras operaciones proprias del espiritu. Juntamente fue creciendo en su animo la estimacion à la Compañia, y con la estimacion, el amor à su Instituto. Desde aqui comenzò à

echar

echar raìzes aquella vocacion, que pocos años despues tuvo el efecto, que tanto admirò al mundo.

Yà pedia esta antorcha candelero: aunque ignorando sus lucimientos ella sola, determinaba quedarse escondida en el retiro de su casa. Tenia D. Pedro, si no abundancia, lo congruo à su estado, para passar con decencia la vida: y mas con la moderacion, que le avia puesto su escrupulo. Tenia ocupacion honrosa en la Cathedra de Escriptura, para gastar laudablemente el tiempo. Tenia su regimen assentado, y era lo mas apreciable, para la quietud, y provecho de su Alma. Razones todas, que haziendole amar el retiro, nunca quiso hazerse presente á sus parientes, y deudos, que tenia en la Corte soliciros de sus ascensos. No pudo menos, que estrañarse tanta omission de aquellos Señores: quienes escribiendo al Dr. D. Joseph, mostraron mas de una vez su sentimiento, y preguntaron la causa, porquè el Dr. D. Pedro no les escribia. Pero si D. Pedro no tenia lengua para pretender, ni pluma para ponerse en la memoria de los suyos; no faltaron otros, que haziendo sus causas hablassen, y escribiessen por èl, publicando en la Corte sus cabales prendas, acreedoras de qualquiera honra. Uno de estos fue el P. Francisco de Arteaga, Provincial entonces de esta Provincia: que juzgò debia recomendar, como lo hizo, al P. Confessor, tan benemerita persona. Parece tuvo efecto la diligencia: por que immediatamente despues hizo merced el Rey N. Señor al Dr. D. Pedro Zorrilla de una Prebenda en esta

San-

Santa Iglesia Metropolitana de Mexico. Cogiòle à D. Pedro esta promocion muy de susto: porque solo à sus ojos decrecia su merecimiento. Y admitiendola, diò à este Venerable Cabildo mucho motivo para el gozo, por aver preferido la buena suerte su Choro al de Puebla, que miraba competidor de su dicha: y mas teniendo ya prenda en el Dr. D. Joseph su hermano: que era parte de aquel Cabildo. Pero Dios, que lo gobierna todo, contentò al de Puebla con D. Joseph, y à D. Pedro reservò para el de Mexico: ordenandolo asi, para acercarlo mas al termino, à que lo iba disponiendo su Providencia.

Fue el Dr. D. Pedro Zorrilla recibido con mucho aplauso en esta Ciudad: à la que tenia en grande expectacion su fama. Escogiò para vivir la casa de una hermana suya Esposa de D. Domingo Cantabrana, Cavallero bien conocido en esta Corte por su representacion, y caractèr. Traxole à esta morada el buen regimen, concierto, y capacidad, que en ella avia para plantear sus exercicios. Lo primero de que cuydò saliendo de Puebla, fue del director, que para su conciencia, avia de tener en Mexico. Ni en este punto huvo, que deliberar: porque el P. Juan Carnero, siguiendo la practica de sus antecessores, le diò recomendacion para el P. Joseph de Porras, Prefecto de la muy Ilustre Congregacion de la Purissima en nuestro Colegio Maximo, Theologo de toda aquella extension, que necessitan conciencias escrupulosas. Con esta guia entablò un te-

nor de vida muy regular D. Pedro: como quien anhelaba à un muy alto grado de virtud. Su vestido no excedia los limites de la decencia, atendida la condicion de su estado. Su habitacion una pieza apartada adonde no entraba criada alguna, ni aun su misma hermana: à quien no veìa, si no es al tiempo de comer, y cenar. Su alimento era escaso; valiendose para disimular su abstinencia de la debilidad de su estomago. La penitencia, y oracion llenaban gran parte de la noche, y aunque se protegia de esta en su mayor silencio, para no ser sentido; pudo mas, que su cautela, la curiosidad de los domesticos. Observandolo varias noches veìan, que aviendo estado de rodillas muchas horas, acababa su exercicio con una cruel disciplina. Observaban aun mas: que no usando de la cama, que le tenia dispuesta de su hermana el cuydado, para su regalo; se recostaba en una tarima: imitando desde entonces en la austeridad à S. Luis Gonzaga, como lo imitaba en la pureza del espiritu. De este rigor nacia la flaqueza, y horror, que mostraba su rostro atribuyendo à sus males, los que eran efectos del ayuno, cilicios, vigilias, y disciplinas con que mazeraba su cuerpo.

Llevabale la inclinacion al Dr. D. Pedro la aspereza de vida: que aun desde niño advertia en los Santos Anachoretas; que le ofrecian sus pinturas: y practicandola tanto, todavia no se saciaba su deseo: por lo que quisiera, ya que no esconderse en un Desierto; refugiarse en una Religion, donde pudiesse muy de

pro-

proposito abrazarse con la penitencia. A este fin le agradaba mucho la Descalzèz de S. Pedro de Alcantara. Y la huviera solicitado executivamente, à no averle preocupado el afecto nuestro santo Instituto: en que obrando la reflexa con que observaba à los Jesuitas, y la communicacion, que tenia ya con muchos de ellos, estaba muy satisfecho, y enterado: pareciendole muy bien sus ministerios, su modo de vivir, su gobierno, y practica de su obediencia. De lo que se siguiò, que juzgandose mal seguro en el siglo; y que le convenia para libertarse de sus riesgos acogerse à el puerto de una Religion; comenzasse à desear con ansia la Compañia. Encomendò à nuestro Señor el negocio: y dando tiempo à la deliberacion, à ninguno quiso communicar sus intentos. Pero aunque sus labios enmudecieron; gritaron sus obras, manifestando el secreto, que tenia en el deposito del corazon. Su porte, su distribucion, sus palabras, sus dictamenes, su modestia declarabã bastantemẽte, que en el Dr. D. Pedro estaba puliendo la virtud un espiritu todo Jesuita. Lo que notando cierto Personaje con quien tenia alguna familiaridad: en circunstancias de averle oído un Sermon digno de un Apostol, prorrumpiò diciendole: *Vos D. Pedro seréis de la Compañia.* El mismo juycio hizieron los Prebendados de esta Ciudad, por dos casos, entre otros mas particulares, que entonces se ofrecieron.

Uno fue: que sorteando, segun el uso de la Compañia Santos annualmente para la proteccion, le

cupo à uno San Francisco de Borja, author de esta devota costumbre. Mostrò disgusto el Prebendado de la suerte. La que advirtiendo el Dr. Zorrilla, que estaba immediato, le ofreciò el suyo: disimulando en un cortèz commedimiento el proprio interèz de lograr al Santo Jesuita por Patron aquel año. Con efecto consiguiò la permuta, y tomando la cedula del Compañero la besò devotamente, no pudiendo disimular la complacencia en la ganancia de un Santo, que amaba ya como Hermano suyo. Otro fue: que aviendose tratado en Cabildo cierto punto critico, en que patrocinaba al desafecto el interèz, y eramos nosotros los reos; tomò la causa por suya el Dr. D. Pedro, y la promoviò con tanta energìa, y peso de razones, que aunque fue inutil su empeño, mostrò con tal accion, que era apassionado por la Compañia, y que para ser de ella, no le faltaba mas, que vestir su sotana.

A tan bien fundados prenuncios, no es mucho correspondiesse el sucesso. Cada dia crecian en D. Pedro los desengaños, y con estos el deseo de assegurar su salvacion. Yà el divino llamamiento no dexaba lugar à la duda, y conociendo, que Dios queria servirse de èl en la Compañia se resolviò à solicitarla executivamente. Declaròse primero à su Confessor: quien aviendo examinado la vocacion, y dadola por verdadera, lo animò à las ordinarias diligencias, y previno al P. Provincial, que entonces lo era el V. P. Juan Maria de Salvatierra. Con lo que hablandole D. Pedro, quedò tan

pa-

pagado el V. Padre del pretendiente, que juzgò debia darle todo consuelo, y à la Religion para que la honrasse un Sugeto tan escogido. Otorgò su peticion: y con la noticia, no es facil decir quanto fue el regozijo de D. Pedro, como que avia conseguido aquella dicha en que asseguraba la ganancia de su Alma, que era el cuydado, que traìa atemorizada su conciencia. Divulgòse en Mexico su resolucion: y causò en todos, si gran sentimiento por imaginar le perdian como muerto; tambien admiracion, por ser hazaña rara vez vista en el mundo, que un hombre en la flor de su edad, lisonjeandole la fortuna, y prometiendole conveniencias, honras, aplausos, quisiesse cortarse los vuelos, necessitandose à vivir humillado à voluntad agena. No faltò quien, como prudente del siglo calificasse necio el dictamen: pero los Sugetos mas sessudos alabaron santamente embidiosos la prudencia de D. Pedro, que abandonaba la tierra, por no exponer à contingencia el Cielo.

Entrò el Dr. D. Pedro Fernandez Zorrilla en nuestro Noviciado de Tepotzotlan à 11. de Marzo de 1706. años, à los veinte y nueve no cumplidos de su edad, y entrò con èl, al Noviciado un exemplar de fervorosos Novicios: porque quien entre los embarazos del siglo cultivò de Novicio la virtud, en el sossiego de aquella Casa, en que hasta las paredes respiran edificacion, no es creìble, quanto se encendiò su espiritu. Vistiòse nuestra ropa, el que era ya en lo interior Jesui-

ta,

ta, y conformandose el interior aora con el trage, no se hartaba de dar gracias à Dios, por considerarse en el lugar, que tanto deseò, para emplearse de proposito en su provecho espiritual. Comenzò tan ansioso, que necessitando de freno, y no de espuela su fervor; todo el trabajo del Maestro fue, moderarlo segun las medidas de la prudencia. Todo esto huvo menester el P. Pedro: porque como hombre maduro, pensaba que debia adelantarse en todo, à los Niños, que por lo commun pueblan los Noviciados. Y si se huviera condescendido con su dictamen, no ay duda, que acabaria á los primeros passos su carrera, abreviandose la muerte. No obstante, en quanto le fue permitido, no perdiò modo, ni ocasion de adelantar, supliendo el fervor lo que en la execucion no se le concedia. Desde el primer dia se hallò tan amoldado à la prolixa distribucion del Noviciado, como si se huviera criado en ella, sin estrañar aquellas nimiedades, que pareciendo proprias de la tierna edad, suelen ser las que mas acosijan à los adultos. Barria la Casa, servia en el Refectorio, fregaba en la Cozina, y exercitaba todos los demàs communes ministerios, y no era de admirar, que hiziesse lo que todos hazian, sino la promptitud, esmero, y gusto con que acudia à estos actos, procurando no perder en ellos punto de perfeccion.

Su principal estudio fue la mortificacion, asi corporal, como espiritual: medio precisso, para unirse con Dios. Sus disciplinas eran sangrientas; el cilicio qua-

quasi continuo, añadiendo muchos dias dureza de lecho, que le ofrecian las tablas; demàs de esto en los tiempos, que le era forzoso sentarse, jamàs se arrimaba al respaldar del banco: y muchas vezes, se mantenia con un pie suspenso en el ayre, buscando en todo su incommodidad. El ayuno era su alimento: porque tomando à la mañana una corta refeccion, al medio dia era su comida muy escasa: negandole al apetito el manjar mas gustoso, y dandole à la necessidad del que menos apetecia, lo que bastaba para sustento de la vida. Aun todavia fue mas exacta la interna mortificacion de voluntad, y juycio: pues viviendo entre Niños, fueron las ocasiones muchas de sujetarse à un Superior de estos tan cargado de authoridad; como falto de discrecion. Mas el Padre Zorrilla obedecia al Hermano Prefecto con el rendimiento mismo, que al P. Rector conformando su querer, y sentir con el del Hermano. Salia muchas vezes à faltas deseoso de oìr las que le avia notado la sencillez de sus Connovicios; para emmendarlas. Las decia tambien para su confussion en el Refectorio, y para vencer la natural repugnancia, que causa la asquerosidad à quien tiene delicado el estomago; solia comer en la Porteria en una vasija mesma con los pobres, procurando este interez por el trabajo, que avia tenido de llevarles la olla de su comida. Ni era menos incommodidad para el P. Pedro aver de decir Missa à hora determinada en la Iglesia, assistir al Confessionario, salir à las Confessiones de los enfermos,

mos, y ſoportar todas aquellas moleſtias, que le recrecian por Novicio. Deſuerte, que la recomendacion del Sacerdocio, no le ſervia de privilegio, antes le era ſervidumbre con que era obligado à mas cargas.

Oprimido quizà de tanta penalidad, augmentada de ſu fervor, vino á padecer en la ſalud: introduciendoſele una fiebre aguda, que deſde las primeras acceſsiones, anunciò mucho peligro. A todos puſo en gran cuydado el accidente, por lo extenuado del Sugeto, penſando, que Dios contento con la voluntad del Sacrificio, queria premiarlo, quitandolo de eſta vida. Recibiò el Padre la enfermedad con gran reſignacion, y ſe previno para morir, con el ſingular conſuelo de que moria fuera del ſiglo. Mas el efecto moſtrò, que Dios ſolo queria purificarlo, y probar ſu virtud, la que en eſta prolixa enfermedad no pudo menos, que perfeccionarſe, con la inalterable paciencia à los accidentes, con la obediencia prompta para qualquiera medicamento, y con la rectitud de intencion en quanto padecia, y obraba. Aviendo convalecido, fuera de toda humana eſperanza, quedò ſiempre en ſu memoria eſte beneficio del Señor; reconociendoſe por èl, nuevamente obligado à quien le alargaba la vida, para que con mas veras le ſirvieſſe. Para deſempeñar ſu agradecimiento, pedia à ſu Soberano Benefactor le concedieſſe en la Religion tanta vida quanta avia malogrado en el ſiglo. Y parece que fue atendida ſu oracion, porque contando veinte y nueve años de edad, quando

en

entrò en la Compañia; contaba de compañia los mismos, quando entrò en el Cielo. En la convalecencia tuvo nueva ocasion de merecer: porque teniendo mas despierto el sentido, y la razon del todo libre, con esta conocia, y con aquel experimentaba muchos descuydos en su asistencia: que son en Communidades crecidas inevitables. Pero al P. Pedro no se le oìa una quexa, ni una impaciencia, aunque se le dilatasse el alimento, y aunque viniesse frio, duro, ò mal sazonado: lo que edificò mucho à uno de los que entonces concurrieron en aquel Noviciado. Este assevèra, que el pan ordinario saliò aquellos dias, por contingencia, extremadamente malo: y que el P. Zorrilla se esforzaba à comerlo como si fuera muy delicado. Tan vencido tenia su apetito el P. Pedro: y tan acostumbrado estaba à la mortificacion.

Sanò perfectamente, y continuò con mayores alientos su noviciado, esperando con aquellas mismas señales de alborozo, que los niños el dia plausible de sus votos. Y asi aquel en que hizo juridica renuncia de su Prebenda, le saliò à rostro, y labios el plazer: como que ya se consideraba libre de las prisiones del mundo, para unirse mas estrechamente con Christo. Hizo sus primeros votos dia del Señor San Joseph, y recibiò los placemes de su nuevo feliz estado: dandoselos todos à la Compañia por el nuevo Hijo, que se le avia incorporado. En la realidad tan perfecto: que aviendo dos meses antes faltado Ministro del Colegio

lo señalò el P. Provincial, para que exercieffe efte oficio; y pudiera tambien el Magifterio de los Novicios; pues el que entonces lo tenia, fabiendo lo que era el P. Pedro, fe valiò tal vez de fu ayuda para las platicas domefticas. Continuò en el minifterio, otros quatro mefes, los mifmos que gaftò en repaffar las humanas letras. De las que aviendo traìdo à la Religion muy buen caudal, diò luego efpecimen de fu fuficiencia en el Seminario: y en atencion à efta, fue feñalado á la Cathedra de Rhetorica en nueftro Colegio Maximo.

Luego que llegò à efte Colegio el P. Zorrilla corriò la voz en la Ciudad, y difpertando en ella la admiracion concurrieron à vifitarle los Señores Prebendados, muchos Doctores, y otras Perfonas de la primera diftincion, que apenas daban affenfo á lo que miraban. Pero convirtiendo en veneraciones los pafmos, y no pudiendo negarfe al conocimiento de tanta virtud, lo aclamaban à voca llena, Santo. Crecieron aquellos oyendo fus palabras llenas de efpiritu, y viendole en una ocupacion tá improporcionada à fus meritos, como enfeñar niños; efcalon en que pufo la primera vez el pie en el figlo, quando era Joven. Pero el P. Pedro la fervia, y eftimaba mas, que las fuperiores Cathedras, que pudiera ocupar en la Univerfidad, fu gran literatura. Aplicòfe à efte minifterio con el efpiritu proprio de la Compañia, infpirando letras à los entendimientos, y virtud à las voluntades de los difcipulos. Salieron eftos en una, y otra facultad, muy apro-

ve-

vechados: y aprovechò mas que los discipulos el Maestro. Quien no solo desempeñaba las funciones de su Cathedra con gran lucimiento; mas tambien las empressas de zeloso Operario, en el Confessionario; donde gastaba muchas horas: en Hospitales, Carzeles, y Recogimientos; adonde acudia llevando en su corazon, consuelo à los afligidos, y en su manteo socorro de pan à los hambrientos: en las plazas; donde explicaba la Doctrina Christiana con gran frequencia à los ignorantes, y plebeyos.

Acompañaba en estos ministerios al fervoroso P. Francisco Xavier de Mestanza: para quien ni avia termino distante, ni trabajo molesto, ni tiempo importuno en que pudiera exercer su charidad con los proximos. Razon, porque fatigando demasiadamente à los compañeros; muchas vezes no hallaba la ayuda, que avia menester, para sus correrias apostolicas. Pero ofreciendosela el espiritu del Padre Zorrilla hallò en este, un Operario santamente embidioso de tan gloriosos trabajos, el qual para tener mucha parte en ellos, se hizo cargo de acompañar al P. Francisco todos aquellos tiempos, que pudiera dar à su proprio descanso. Assi lo executò empleando los dias festivos, y vacantes con el P. Mestanza en correr la Ciudad, y acudir adonde lo llamaban las necessidades de tantos gremios: que en cada uno tuvieran bastante que hazer muchos Operarios. Y no causaba tanta admiracion, que el P. Mestanza siendo de robustas

fuerzas, hiziera lo que demandaba muchos Sugetos; como que el P. Zorrilla siendo de poca salud, hiziera lo mismo que el P. Mestanza.

El dia gastaba el P. Pedro en su Cathedra, à que asistia con suma puntualidad: y lo que le quedaba de èl, en charitativas obras. De la noche parte daba al descanso, y parte à la oracion assi mental, à que se dedicò mucho, como à la vocal, añadiendo al Rosario de la Señora, que rezaba siempre de rodillas, otras devociones particulares à sus Santos Patronos. Guardaba gran de recogimiento huyendo toda communicacion humana, en estas horas especialmente en que se suele apetecer un rato de platica; por no ser à proposito para el estudio. A lo que ayudò un caso particular con que parece le avisò Dios de una falta en que incurriò à cerca de este punto. Cerca de tocar à recoger à la Communidad con ocasion de pedir una licencia, fue el P. Pedro al aposento del P. Ministro. Este lo entretuvo hasta muy tarde leyendole un Sermon, que avia de predicar en la immediata fiesta. Estaba el P. Ministro relatando el Sermon bien divertido, y estaba el P. Pedro muy atento escuchandolo, quando oyeron uno, y otro sobre la misma mesa en que estaban, una palmada repentina: cuyo estruendo los dexò tan turbados, que cayendosele al P. Ministro de la mano el quaderno, el P. Pedro se saliò despavorido del aposento, dandose por amonestado de no gastar inutilmente el tiempo, que tenia destinado para sus exercicios espirituales. Assi lo practicò

en

en adelante, quedando muy impresso en su memoria este aviso.

Un año enseñò Rhetorica el P. Zorrilla: el siguiente entrò à leer el curso de Philosophia en el mismo Colegio Maximo. En esta ocupacion de tanto empeño, lo menos fue necessitarse à seguir nuevas doctrinas, caminando el ingenio por payses desconocidos. Lo que hizo con tanto esmero, y prolixidad, que teniendo en muchas questiones, libertad para seguir las huellas thomisticas, que avia estudiado siendo discipulo, y enseñado siendo ya Maestro; se acommodò à defender las sentencias mas communes, que se leen en nuestras Escuelas. Y manifestando en esta grande mudanza de opiniones su grande magisterio, leyò un curso muy aplaudido, assi por lo juycioso de las sentencias, como por la solidèz en que las fundaba; y por la suma claridad con que proponia, y desataba las dificultades. Lo menos fue la agudeza, y energìa de sus replicas, temidas, aun de los domesticos en la concurrencia de los Maestros escogidos, que ha tenido siempre aquel Colegio. De los quales no reusò decir uno, oyendo arguìr al P. Zorrilla, que ya era necessario mas estudio para responderle. Lo menos fue el provecho literario, aviendo sido mucho, de sus Estudiantes, assi domesticos, como externos, que oy obtienen puestos muy honrosos.

Porque lo que à todos se hizo admirable fue la compostura, y virtud, que resplandecia en sus Alumnos.

nos. En quienes, como mas capazes, se imprimian mejor los consejos, exhortaciones, y exemplares de su santo Maestro. Nuestros Hermanos mudaron de Colegio, pero no de vida, porque en la escuela del P. Pedro siguieron la mesma del Noviciado. Tuve Yo la fortuna de ser su discipulo: y aunque en mi tibieza se luciò poco su espiritual magisterio; no puedo negar, que en todo el tiempo, que le communiquè, no le observè accion, que no fuesse laudable exemplo, ni palabra, que no respirasse edificacion. Los Seculares bebiendo con las letras, christianas maximas, aprendieron la divina ciencia del temor santo; que por fin sacò à muchos para el estado religioso, y en los que dexò en el siglo, vinculò mucho exemplo de laudables costumbres.

Este singular talento, que descubriò el P. Zorrilla para la buena educacion de la juventud, obligò à los Superiores, à que aun antes de clausular su curso, en el tercer año de èl, lo señalassen Rector de nuestro Real Colegio de San Ildephonso. Recibiò esta asignacion el P. Pedro, venciendo su natural repugnancia: porque su deseo era el retiro de su aposento. Pero como verdadero obediente obrando la parte superior, sujetò à la inferior, para que tomasse aquel trabajo improbo, que lo necessitaba à un continuo cuydado, y à muchas inquietudes de conciencia. Graduò sus Estudiantes, con gran lucimiento, y aplauso de la Real Universidad. Luego fue echando la montèa para el gobierno de

aque-

aquella su encomendada Republica compuesta de una gente; que teniendo prompta la razon, para la malicia, repugna al freno, que la misma razon le pone. En discurrir es libre, y en executar inconsiderada: el agrado la insolenta, y el rigor la irrita. Por esso si el arte de las artes es gobernar hombres, es menester otra mas exquisita, y superior para gobernar Colegiales. Y el efecto mostrò, que la tuvo el P. Pedro: porque respaldada su discrecion del gran concepto, que se avia grangeado de santidad, à pocos meses se viò aquel Seminario, ameno vergél de mozos escogidos como flores, empleados todos en sus estudios; y ya sin aquellas diversiones, que distraèn; dando tiempo à los exercicios devotos. Hazia el Rector frequentes Platicas, eficaces invectivas contra el vicio, y suavissimas exhortaciones à la virtud, à su Communidad: y en particular à cada uno, buscando ocasiones para hablarles à todos à la Alma, inclinarlos à la leccion de libros espirituales, que èl mismo les ministraba, à la frequencia de Sacramentos, à la devocion de la Santissima Virgen nuestra Señora, y horror à las malas compañias. Grande fue el fruto, que cogiò de esta semilla el P. Pedro: porque aun los mas exemptos, por su graduacion, vivian sujetos al Rector como niños, assistiendo à Missa, Rosario, Refectorio, y sirviendo su exemplo à los demàs de regla. Mirabase en el Colegio una casa religiosa: donde no se oìa palabra impura, ni se experimentaba accion menos decente, ni avia otras faltas, que aquellos descuydos, y

trabezuras, que lleva la edad sin perjuycio de la conciencia. Antes causaba grande edificacion vèr à unos mozos ardientes en aquella edad en que brotan las passiones, ir à comulgar à nuestro Colegio Maximo los dias festivos, seguir los consejos de sus Padres espirituales, y retirarse en tiempo de vacaciones à hazer los Exercicios de N. S. P.

Conocia el Padre como prudente, que en los niños mas tiernos, avia mayor peligro, y por esso todo su afan era apartarlos de los adultos. Como buen labrador procuraba limpiar el grano de la zizaña, previniendo à la innocencia, para que no se le mezclasse la malicia. A estos llamaba frequentemente: y haziendoseles familiar, perdian ellos aquel horror, que naturalmente tienen, á quien puede castigarlos, y venian gustosos à su llamado. El fin era entretenerlos con chistes, y festivas conversaciones los tiempos en que podia serles la ociosidad dañosa. Y muchas vezes tomaba estos arbitrios con grave incomodidad propria, que podia lastarlo su salud. Pues temiendo en la hora de siesta, en que los Maestros se recogen à reposar, huviesse algun desorden, no solamente se privaba del reposo necessario, para tenerlos divertidos, sino que adulandoles el genio les mantenia el juego de la pelota: y se estaba con ellos en este exercicio, hasta que era tiempo de que tocassen à leccion. Mas el P. Pedro, por precavèr qualquiera peligro no reparaba en la fatiga del entretenimiento, ni en lo importuno de la hora,

ni en la falta, que le hazía la ſieſta, ni en la indecencia de barajarſe entre los muchachos, como ſi fuera uno de ellos. Eſto era hazerſe todo à todos, para ganarlos à todos. Y en la realidad lo conſeguia: porque los niños pagados del cariño, que les moſtraba ſu Rector en el juego, ſin ſer llamados lo buſcaban, y en la diverſion, ſin advertirlo ellos hallaban ſu provecho.

En aquellos tiempos, en que no podia traerlos à sì, ſe iba el P. Pedro en ſu buſca viſitando à deshora las ſalas, porque como buen paſtor velaba ſobre ſu grey, teniendo preſente la cuenta, que avia de dàr à Dios de las Almas, que tenia à ſu cargo: y ſupliendo muchas vezes, por la corporal preſencia la ſagacidad de ſu entendimiento, acudia adonde avia diſcurrido el deſorden. Sucedia frequentemente llegar à tan buena coyuntura, que ſe perſuadian los delinquentes, à que en el P. Rector avia luz mas que natural, con que todo lo deſcubria, aunque eſtuvieſſe muy oculto. Lo cierto es, que ſi eſte conocimiento no era divino, era al menos argumento eficaz de la vigilancia, y obſervacion continua en que eſtaba el P. Pedro de los indicantes, pues prevenia ſuceſſos, cuyas prevenciones tocaban en milagros.

Como era tan notorio el buen gobierno del Rector, que ſe tocaban como con las manos ſus utilidades, concurrian Colegiales de todo el Reyno al Seminario; deſuerte, que ſiendo muy copioſa la mies, no avia troxes en que guardarla. Sentia mucho el P. Pedro

despedir, como le era forzoso, à innumerables pretendientes: y no teniendo capaz vivienda, que los abarcasse, comenzò à buscar arbitrios su charidad oficiosa, para dàr à todos consuelo. Yà la experiencia de algunos años le avia dado à entender, que seria muy conveniente dividir en un todo à los Grammaticos, del resto de los demàs Convictores: porque siendo por lo commun tiernecitos, y dociles para la impression de qualquiera imagen; apartados, ciertamente recibirian la de la virtud: y mezclados, pudiera anticiparse la del vicio, de que son siempre sospechosos los adultos. Viendo aora la muchedumbre de estudiantes, que pretendian su Colegio, se hizo cargo de la necessidad, y arbitrò hazer de nuevo una separada vivienda para los Grammaticos. Con lo que quedando estos, como en Colegio aparte, pudiessen en las piezas, que dexassen desocupadas, acommodarse los muchos, que venian à estudiar facultades mayores. El negocio pedia mucha consideracion: y urgiendo la necessidad, se resolviò à hazer una sala, mientras Dios con el tiempo maduraba su concebida idèa.

Comenzò à plantearla enterado de la voluntad divina. Communicòla con algunos Padres de su confianza. Y aunque uniformes todos alabaron la empressa, procuraron quitarsela del pensamiento por varias razones, que hazian impossible la execucion. Una era la del gobierno: pues no siendo bastante un Rector para un Colegio unido, lo seria menos para uno dividido

dido en dos. Otra era, y de mas peſo,la del ſitio: porque la parte por donde ſe avia de erigir la nueva fabrica eran unas caſas litigioſas de herederos deſavenidos, que apreciandolas exceſsivamente, no avian podido en muchos años ſalir de ellas; y ſiendo impoſsible la compoſicion, lo era tambien el que ſe conſiguiſſen para el Colegio. Pero la mayor de todas era la de los gaſtos: porque hallandoſe el Colegio nada ſobrado era temeridad emprender obra, que pedia dinero muy prompto. Todo lo tenia previſto el P. Pedro: pero haziendo juycio de que era gloria de Dios ſu intento; lo hizo tambien, de que ſi no es prudencia empezar humanos negocios ſin la ſeguridad de los medios; en los de Dios, debian intentarſe coſas arduas fiando el exito de ſu Providencia.

Aſsi lo experimentò ſu confianza: porque ſobre viniendo à ſus deſeos la exhortacion del P. Andres de Luque, Viſitador entonces de eſta Provincia, ya aſſegurado en la obediencia, puſo la mira á conſeguir las caſas en que ſe le oponia mucha dificultad. Pero no la hallò: porque à poca diligencia las ſacò en almoneda publica, y en precio tan corto, que no pudo dudarſe, que era Dios el que hazia la cauſa del P. Pedro. Quien animado mas con eſte triumpho, ſe careò con la ſegunda dificultad, que le ofrecia ſu mucha pobreza; y tambien la venciò. Porque immediatamente tirò los cordeles, abriò cimientos, levantò paredes, erigiò columnas, volò arcos, cerrò techos: y creciendo por los

ayres la obra, en un año se concluyò un Colegio con capazes salas, hermosos porticos, Capilla, Refectorio, y demàs oficinas necessarias; sin que tuviesse que reparar la censura, ni en la disposicion, ni en la fortaleza, ni en el primor. Porque el P. Pedro no reparò jamàs en costos, y mas experimentando que le sobraba el dinero. Sucedia muchas vezes, no tener el Sabado con que pagar à los Alarifes: y con todo los citaba para el dia siguiente, cierto de que Dios le avia de embiar abundante socorro. Y assi era, porque de donde menos pensaba, le venian gruessas cantidades, con que pagados todos los Operarios le sobraba dinero para el gasto de la semana siguiente. Concluìdo el Colegio lo consagrò à la Señora del Rosario, embelezo de su devocion, vinculando en su soberano patrocinio el augmento de aquella nueva planta. Y no ay duda, que MARIA Santissima se agradò del obsequio: pues siempre se ha experimentado en aquel Colegio de asiento, la felicidad. Y no solamente ha sido facil contra el temor de las conjeturas, el gobierno de ambos Colegios, sino que el antiguo de San Ildephonso con la division ha crecido al auge, que oy tiene; debiendose estos gloriosos fines à aquellos arduos principios, empressa noble del P. Pedro Zorrilla.

Ocho años contaba en este Rectorado, quando removiendose con el gobierno de nuestra Provincia las Cathedras de Theologia; y siguiendose à ellas el P. Pedro, lo passò del Rectorado à la Cathedra de Sagrada

Eſcriptura en nueſtro Colegio de S. Pedro, y S. Pablo, la obediencia. Admitiò el paſſo muy guſtoſo, aſsi por lograr ſu deſeado retiro; como por ſeguir linea muy conforme à ſu genio eſcholaſtico. Pero Dios no queria que eſtuvieſſe donde lo llamaba el genio, ſino donde venciendo ſu natural inclinacion ſirvieſſe mas à la Compañia. Vino al Colegio Maximo: y apenas ſe complacìa de ſu arribo à la playa, deſpues de tan larga tormenta, quando aviendoſe de proveer el Colegio de Tepotzotlan de Rector, y Maeſtro de Novicios, puſo los ojos el P. Provincial en el P. Zorrilla. Pudiera contradecir tal eleccion ſu edad, que no paſſaba de quarenta y tres años: ſu antiguedad, que apenas contaba tres de profeſsion: ſu condecoracion, que era ninguna en el gobierno; pero à todo previno reſpueſta el P. Provincial diciendo, que quien avia hecho de Colegiales Novicios; mexor haria de Novicios Jeſuitas, Santos. Venerò toda la Conſulta la propueſta: y fue ſeñalado el P. Pedro, para que como Rector, y Maeſtro, hizieſſe en nueſtro Noviciado perfectos Novicios de la Compañia, obrando con ſu grande talento la eficacia de ſu ſantidad.

Volviò el P. Zorrilla al Noviciado à ſer Maeſtro, y juzgò ſeria buen Maeſtro, quando ſe hizieſſe otra vez Novicio. Por lo que juntando à las obligaciones de eſte el grande trabajo del Magiſterio, ſuperior à ſus fuerzas corporales, aplicò la debilidad de ſus hombros à la carga, y no hizo menos, que el mas robuſto. Las pla-

ticas

ticas domesticas, eran indefectibles: las conferencias, y demàs distribuciones, diarias: y no por esso tomaba aquellos alivios, que le eran licitos, ayudandose del ministerio de otro Padre: antes se condenò à un tezòn continuo, que aun para un Novicio seria mucho. Dilataba la oracion, y soltaba la rienda à la penitencia; de que fueron testigos abonados los ojos de un Novicio, à quien le encargò el Padre le reforzasse los instrumentos, que con el uso estaban muy gastados. Causòle horror al reconocerlos el Novicio, discurriendo qual serìa en la carne viva el estrago, quando avia consumido al duro agente la continuacion.

Acabado el triennio, le embiò N. P. General Patente de Rector del Colegio del Espiritu Santo. Este ascenso fue para el P. Pedro la Cruz mas pesada, que cargò en la Compañia; para el que huvo menester toda su resignacion. Preocupado del concepto de que los Sugetos, que componian aquel Colegio, por su ancianidad, achaques, y graduacion requerian para no disgustarlos, mucho miramiento: y considerando assi mismo, que faltandole las canas que authorizan, y la antiguedad que condecora, pudiesse tener menos acceptacion, se apoderò de su animo un temor grande, que le pronosticaba muchos sinsabores. Con efecto tuvo algunos en la primera entrada: porque aunque hallò en aquel Colegio mucha regularidad, y edificacion; no obstante deseando, que no huviesse en èl, falta alguna, y zelando la observancia de las mas menudas

reglas, y recientes ordenaciones, no faltaban algunos, que se ofendiessen de estas, que llamaban nimiedades, y mirassen con horror la exactitud de su Prelado. Y aun que este lo sentia; pero disimulaba como prudente: obsequiaba como cortesano: y como Religioso mostraba de palabra, y obra el amor, que tenia à sus Subditos todos. Iba por delante con el exemplo no pidiendo à los otros mas, que lo que èl mesmo como buen Prelado practicaba. Pero como se hazia gravoso este tezòn, no podia conseguir consiliarse los afectos de todos, ni preocupar con su intencion algunas quexas, en que se explicaba indiscretamente el sentimiento. De todo hazia merito su paciencia: aunque quisiera segun su genio; padecer sin dàr que sentir à los otros: y era desgracia suya, que estudiando buenos modos para agradar, era ofensivo su mesmo estudio.

A las angustias de su espiritu, se juntaron gravissimas molestias en el cuerpo. Tuvieron estas su principio, de que no pudiendo ir el P. Secretario à la Visita del Colegio de Oaxaca con el P. Provincial; este escogiò al P. Zurrilla, para que le acompañasse en aquella jornada. Pudiera el P. Pedro escusarse con la ocupacion de su Rectorado: pero quizà porque conocia la incongruencia de su graduacion, con este suplemento; cerrò los labios para la escusa, y tuvo por mejor obedecer. Pusose en camino: y siendole muy contrario à su adusta complexion, aquel ardiente temperamento, le alterò desuerte los humores, que aviendo contraìdo el peno

sisi-

ſiſsimo mal de frios, y calenturas; el librarſe de ella fue confirmarſele la mortal diarrhèa, que le acabò la vida. Aun aviendole el accidente poſtrado las fuerzas, ſeguia, ya reſtituìdo à ſu Colegio, la Communidad; y quando debieran todos edificarſe de tanta obſervancia, algunos ſe irritaban penſando, que aquella puntualidad, era modo diſcurrido para dàr que hazer à los Subditos.

Verdaderamente, que aunque el P. Pedro, no huviera dado otro argumento de ſu virtud, que eſta tolerancia; era baſtante para contarlo entre los Iluſtres Varones de la Religion. No era ſolamente peſada Cruz la que cargaba: era Cruz ſembrada de eſpinas, que le herian en el cuerpo con dolores, en el corazon con angustias, y en la conciencia con eſcrupulos. Mas el paciẽtiſsimo Padre abrazandoſe reſignadamente con ella ſepultaba en profundo ſilencio ſu martyrio: ſin que jamàs ſalieſſe à ſu lengua ſu ſentimiento en una quexa, ni dieſſe ſeñal de impaciencia en algun deliberado afecto. Tenianle tantas congojas conſumido; y dexandoſe vèr pintadas en el roſtro, con la natural diſplicencia, que cauſaban; quando trataba con los nueſtros, procuraba diſimularla con el agrado, uſando de palabras ſuaves, y amoroſas, eſpecialmente ſi avia de dàr alguna monicion: porque entonces eſtudiaba mas el buen modo. Y aunque prorrumpieſſe la colera del delinquente en atropellamientos del Superior; jamàs eſte moſtrò enojo, ni paſsò à la reprehenſion; por no exceder los limites de la religioſidad: uſando

aqui,

aqui, como en ſu lugar proprio, de ſu grande prudencia.

Con eſta ſazonaba todas ſus virtudes el P. Pedro: y fue la que gobernando ſus arbitrios, lo conduxo ſiempre à la felicidad del acierto. Gobernò hombres Religioſos: gobernò jovenes Novicios: gobernò niños, y mancebos Colegiales: y de todos eſtos empleos, nunca ſaliò deſacreditada la buena conducta del P. Zorrilla, no correſpondiendo à ella los deſeados efectos. Acertò con aquel peregrino modo tan neceſſario, para gobernar: y donde mejor ſe luciò, fue en el Colegio de San Ildephonſo. Aqui los mas condecorados ſuelen reſiſtir à las enterezas de los Rectores, y ſervir con eſto de eſtorvo al buen regimen de los demàs. Con ſu mucha virtud ſe diò à reſpectar: con ſu circunſpeccion ſe hizo temer: y ſupo con ſu buena arte corregir; como ſe verà por el caſo ſiguiente. Los que poſſeen vecas Reales, penſando, que tienen recurſo à ſu favor en el Real Patronato, muchas vezes han pretendido introducir perjudiciales exempciones. Quando el P. Pedro temia alguno de eſtos atentados, ſin darſe por entendido, llamaba à uno de los de eſte gremio, y le ſuplicaba le hizieſſe un traſlado de cierta conſulta, que años antes avia hecho el Colegio Real, al Señor Virrey, ſobre eſte meſmo aſſumpto. Eſta ſe guarda en el Archivo del Colegio, por el Decreto, que en èl puſo ſu Exc. y decia, que el Padre Rector hizieſſe cumplir con ſus obligaciones à aquellos Colegiales: lo que repugnando ellos, ſe pro

veerian en otros sus vecas. Con esta industria conseguia, que continuada por medio del escribiente la noticia, se contuviessen todos, viendo, que el P. Rector tenia seguras las espaldas en èl Superior Gobierno. Lo mismo hazia con una carta, que por mandado de aquel Señor Exc^mo^. escribiò su Secretario, en que explanando la letra del Decreto, vituperaba la pretencion de los Colegiales, como audacia digna de castigo, y prometia convertir contra ella todo el auxilio Real. Esta carta teniendola uno de ellos iba de mano, en mano à los demàs: y enterados todos de su contexto, humillaban sus pensamientos, à los mandatos del P. Zorrilla.

En este cargo como en los otros, que despues obtuvo el P. Pedro, manejò negocios de importancia, y el buen exito de ellos, manifestò la grande destreza con que los dirigia. En San Ildephonso se le ofrecieron varias diferencias sobre el Real Patronato de las vecas de oposicion: y en el Espiritu Santo fuertes dificultades sobre la Casa de Exercicios. Estas venciò, y aquellas compuso, saliendo de ambas empressas laudable, y recomendada su discrecion. Por esso peligrando el credito de la Compañia en cierto lanze, que acecciò en Puebla, huvo poco, que deliberar en la deputacion del Sugeto, que avia de redimirla de tan indecorosa vexacion. El caso fue, que imaginandose justamente sentido el V. Cabildo de aquella Santa Iglesia, de uno de los nuestros, presentò su querella, pidiendo à la Religion satisfaccion correspondiente à su aprehendido

agra-

agravio. El punto era critico; pero prometiendose los Superiores el buen expediente en la sagacidad, diligencia, y sesso del P. Zorrilla, pusieron en sus manos el negocio. Y fue assi, que corriendo el Padre primero los terminos todos de la urbanidad, y consiliandose con su amabilidad las voluntades de los Señores Prebendados, los puso despues facilmente en el hecho: desvaneciò con palmares demostraciones los fundamentos de su demanda: y el efecto fue, que desistiendo de ella en fuerza de la razon, saliesse con ayre la Compañia de aquel empeño. De lo que noticioso N. Padre le embiò las gracias con expressiones de mucho aprecio, diciendole, que *en lo obrado, y executado havia correspondido al gran concepto, que tenia de sus religiosas prendas, y señalados talentos; y que solo un San Xavier huviera dado tan prompto, como acertado expediente á tan arduo, y emmarañado negocio*: son palabras todas de su Paternidad. Assi serenaba el P. Pedro los revueltos mares, en que corria tormenta su Santa Madre la Compañia; como las de su interior, quando en los repentinos encuentros se conturbaba su espiritu: conteniendo los insultos de la impaciencia con el freno, que llevaba siempre tirante la razon.

De este vencimiento solo podrà hazer juycio, quien tuviere presente el natural del P. Pedro. Era ardiente, como fomentado de la colera, que dominaba en su complexion, y que con el accidente de la diarrhèa, estaba siempre irritada: razon, porque à hombres

muy ſantos, que padecen el miſmo mal, todo les ofende: y faltando libertad para reprimirſe, prorrumpe deſenfrenada la paſsion. Y no puede negarſe, que era hazaña de ſu virtud tanta eſpera, teniendo à raya, paſſion la mas violenta, irritada del accidente: y aun de la miſma curacion, que era un prolixo martyrio con que quiſo Dios labrarle la corona. El alimento le ocaſionaba, por la naucèa del eſtomago, anſias mortales. Abraſado interiormente, por la acrimonìa del humòr, apetecia el refrigerio del agua: y ſe le daba muy medida, y à determinada hora. Eſte penoſo regimen obſervò inviolable los años, que le reſtaron de vida; en que no tuvo mejoria conſiderable.

Solicitaronſela cuydadoſos los Superiores: quienes, conſultados los Medicos, dieron la providencia de que mudaſſe temperamento. Vino à eſta Ciudad el P. Zorrilla, donde eſtuvo algunos meſes, y con efecto ſe recuperò un poco: lo que baſtò, para que pudieſſe dàr la vuelta à ſu Colegio del Eſpiritu Santo, en que hallò el plan, ya muy favorable à ſu deſeo. Porque conociendo todos con ſu auſencia ſu falta, le recibieron con anſias de verdadero amor, y comenzaron à eſtimar, como debian, el grande bien, que lograban en ſu Rector. Tanto, que no podian diſimular ſu ſentimiento; quando le era forzoſo al P. Rector, auſentarſe algunos dias de ſu Colegio. Lo que el Padre miſmo eſtrañò mucho, y admirado de la novedad, le obligò à prorrumpir en eſta expreſsion: *Nunca pensé Yo, que pudieſſe*

aquel

aquel horror con que me recibieron en este Colegio, mudarse en tanto amor. La causa de esta mudanza fue, que aviendo assentado el P. Pedro la observancia domestica, que deseaba, resucitado varios loables estilos, que avia abrogado el tiempo, puesto en practica las nuevas ordenaciones de los Provinciales, que fue todo el trabajo, y deshechose de algunos Sugetos menos juyziosos, de los quales por fin se deshizo tambien la Compañia; quedò el Colegio en summa paz: no teniendo el Padre Rector desorden, que corregir, sino mucho, que alabar: ni los Subditos, que temer, sino mucho, que agradecer al Rector: à quien procuraban dàr gusto. Y reciprocandose los oficios de la charidad, ninguno queria quedar vencido en la competencia.

No obstante, como el P. Pedro tenia mas mano, y nunca se olvidò de su nativa generosidad, se mostrò verdaderamente Padre de sus Subditos: previniendo sus necessidades, y solicitandoles todo alivio. Por esso considerando la abundancia, que tenia en lo temporal el Colegio: y experimentando, que por la esterilidad de aquel paìs, padecian los nuestros, falta, no solamente de regalo, pero aun del forzoso desayuno; determinò, que se les augmentasse la racion del chocolate: dando por razon, que sobrandole al Colegio, no podia sufrir penurias, en los que gloriosamente le servian. Y aunque tuvo contradiciones el assumpto, lo hizo empeño el P. Zorrilla: y no sossegò su charidad hasta que lo puso en practica, juzgando, que entonces se gastan bien

los

los haberes de los Colegios, quando ſe emplean en el alivio de los individuos, que lo componen.

Por eſte miſmo tiempo emprendiò la ſumptuoſa fabrica de la Caſa de Exercicios, que oy tiene aquel Colegio. A que le motivò lo util de la obra, en circunſtancias de eſtàr el Colegio deſahogado. Porque aunque muchos penſaron, que la avia de coſtèar el Ilmo. Señor Obiſpo, que exitò la eſpecie; el P. Pedro tuvo ſiempre entendido, que, ò todo, ò lo mas de los gaſtos avia de ſoportar el Colegio; como con efecto ſucediò. No tuvo tiempo el P. Pedro para perfeccionar la idèa; pero con el valimiento, que en el Señor Obiſpo tenia, y la gran prudencia de que era dotado, allanò graviſsimas dificultades, que ſe le opuſieron, echò la montèa, y apromptò los coſtos, haziendoſe parte la mas noble en una obra, que fructificarà ſiempre mucha gloria al Señor, y al P. Zorrilla mucho nombre, en que ſe perpetùe ſu buena memoria.

De aqui paſsò al Colegio de San Andrès de eſta Ciudad con oficio de Rector, y Conſultor ordinario de Provincia. Y ſin duda le huviera ſervido de mucho alivio el paraje, ſi no tuviera annexo el cargo de Superior. Pero con eſte ſe le agravò el mal, y el remedio fue retirarſe à Puebla. Donde aviendo logrado algunos alientos ſe hizo reparar, que eſtando en Puebla de Rector, le aſſentaba Mexico á la ſalud: y eſtando de Rector en Mexico, le aſſentaba Puebla: demoſtracion, que obligaba à inferir, que la cauſa principal de ſu

acci

accidente, era el gobierno, y no la temperie del lugar: pues uno, y otro le favorecian, quando no era Superior; y ambos le dañaban, quando lo era. En el gobierno ſiguiente lo promoviò N. Padre General à la Prepoſitura de eſta Caſa Profeſſa. Porque informado de ſus eſcogidos talentos, lo iba acercando à la cumbre, con el fin de encargarle toda la Provincia. Entrò en eſta Caſa el P. Pedro mas à padecer, que à governar. Porque haziendoſe cargo de las obligaciones del empleo, quiſo cumplir con ellas todas: y eſte empeño lo poſtrò en la cama. De donde huviera hecho tranſito al ſepulchro, ſi el P. Provincial deſeoſo de ſu vida, no le huviera facilitado la propueſta, en que eſtaba ſu remedio. Hizola el P. Pedro, y ſaliendo à la orilla deſpues del naufragio, ſolo conſiderarſe libre del oficio, fue baſtante cauſa, para que ſe recobraſſe, y pudieſſe ir al Colegio del Eſpiritu Santo: adonde lo llevaba Dios, para que aquilataſſe el oro de ſus merecimientos, y ſe preparaſſe à morir à ſu ſatisfaccion.

A eſte Colegio vino el P. Zorrilla con recomendaciones de enfermo: pero no permitiò ſu eſpiritu trataſſe, ſino como ſano, ſiguiendo toda diſtribucion, ſin excepcion alguna. Opuſoſele la charitativa prudencia del Rector: y deſpues de larga contienda, ſaliò al partido de aſsiſtir à aquellos actos, que ſon de commun edificacion: Miſſa, Confeſsionario, y Letania. Lo que executaba eſtando en pie, eſtendiendo la facultad concedida haſta donde alcanzaba ſu fervor. Y porque muchas

chas

chas vezes le era forzoſo hazer cama, conſiguiò, que en el apoſento donde vivia (permitiédolo aſsi ſu ſituacion) ſe le abrieſſe una ventanilla à la cabezera de la cama, deſde donde pudieſſe oîr Miſſa; por eſtàr frente del Altar de la Capilla interior, donde ſe celebraba. Lograba el P. Pedro eſte conſuelo de oìr Miſſa ſin ſalir de ſu apoſento, quando le impedia decirla ſu enfermedad. Y valiendoſe de la immediacion, eſtaba todo el dia actuando la preſencia divina con la fee del Santiſsimo Sacramento, que adoraba à todas horas deſde ſu retrete.

Alguna vez, aunque mas tarde de lo que deſeaba, conſiguiò el P. Pedro un total retiro de los hombres; y en èl, aquel ſanto ocio en que el Alma ſube à buſcar ſu converſacion en los Cielos. Recien llegado le viſitaban los de fuera: y los de dentro le acompañaban deſeoſos de aliviarle ſu ſoledad. Deſpues no teniendo eſpecial motivo los externos para continuar las viſitas, ſe le retiraron en un todo. Los domeſticos mirando al Padre como enfermo habitual, ſe dieron tambien por deſobligados (como ſucede ſiempre) de los oficios de la compaſsion: de que ſe ſeguia un gran deſamparo, y falta, aun de lo muy neceſſario. Porque con la prolongacion de la enfermedad, ſe deſcuydaban, aun los enfermeros: y ſiendo conſuelo del doliente la aſsiſtencia, el P. Pedro no la hallaba: porque queria Dios, que paſſaſe por todas las pruebas, en que acryſola la virtud de ſus eſcogidos. A vezes venia tarde el alimento: muchas

mal

mal sazonado. Las medicinas, ò no se le aplicaban, ò se le hazian à tiempo importuno. Como el Padre mucho tiempo avia sido Superior: y por este respecto avia sido siempre muy atendido en sus enfermedades, no sabia por experiencia, quanto padece sobre sus males un enfermo particular, de los que lo cuydan. Pero porque experimentasse los trabajos todos de la Religion, y no se privasse de su merito, dispuso Dios, que retirado del gobierno, adolecieſſe como particular.

Todo lo convertia el P. Pedro en provecho proprio, alegrandose de imitar à Christo en el desamparo de su Cruz, y dandole gracias, porque alguna vez sentia los efectos de la pobreza religiosa: y lo que pasma es, que padeciendo tanta inopia, hiziesse juycio de que era cargoso à la Compañia, y de que aun aquella corta asistencia era indebida à su inutilidad. Este escrupulo le obligaba à sacar alientos de su flaqueza, y gastar muchas horas en el Confessionario. En que tenia extraordinario sequito: porque cada uno hallaba en el P. Zorrilla, lo que para su Alma avia menester. Los pecadores, extencion, y afabilidad: los tibios, aliento: los espirituales, direccion: los escrupulosos, consuelo: y todos invencible paciencia, con que el Padre los oìa, sin desechar alguno, aunque no traxesse particular recomendacion: antes su inclinacion natural, en caso de competencia, daba la primacìa en su tribunal à los desvalidos, humildes, y pobres.

Quien viera al P. Pedro gastar largas horas con

ſus penitentes, pudiera penſar, que eſtaba muy roboſto. Quizà eſtos fervores de ſu eſpiritu eran para algunos, argumento de que ſus males eran menores de lo que ſe ponderaban. Por lo que ſolia la inconſideracion añadir nuevas aflicciones al afligido: como ſe viò en el ſiguiente caſo. Tenia el P. Pedro licencia para ir fuera de la Ciudad à predicar un Sermon, à que lo executaban muchas obligaciones. Avisò, llegado el tiempo, al P. Rector; y moſtrando eſte en el modo ſu diſplicencia, no advirtiò en la religioſa corteſanìa, que ſe debe à Sugetos graduados, dandole opcion para el compañero; ò por lo menos ſeñalandole alguno, que le pudieſſe ſervir de alivio en la jornada: ſino que uſando de ſu poteſtad le ſeñalò un Hermano, que le agravaſſe con ſu genio bronco, el trabajo. Como era demaſiadamente vivo el P. Pedro penetrò todas las circunſtancias de la accion: y teniendo en ella mucho que ſentir, no immutò el ſentimiento, ſu ſerenidad: ſino que proteſtando con el rendimiento ſu obediencia, tomò el compañero ſeñalado, con mueſtras de agradecimiento, y ofreciò à Dios el ſacrificio de ſu voluntad.

Y ſi lo hizo grande eſta vez con ſu reſignacion, otra tocò la raya de lo heroyco. Porque quiſo obedecer tan ciegamente, que teniendo evidencia de ſu peligro, obrò como que lo ignoraſſe, ſujetando al juycio ageno con ſu voluntad ſu entendimiento. Avia eſtado un dia haſta muy tarde en el Confeſsionario, como acoſtumbraba: y ſiendo ya hora de reſtituirſe al apoſento, diò

algu-

algunos passos; pero se hallò tan debil, que para no dàr en tierra con el cuerpo, se valiò del arrimo, que le ofreciò la pared immediata. Aqui estuvo gran rato, hasta que viendole uno de los Sacristanes, acudiò à socorrerlo, y llevò al aposento, temiendo quando se le quedaba muerto entre las manos, con solo el afan, que ponia el P. Pedro para moverse. Llegò aunque con gran fatiga al aposento: donde los enfermeros lo obligaron à desnudarse: y aun lo hizieron por sus proprias manos: porque el Padre no podia valerse ya de las suyas. Y el aver admitido esta ayuda su inviolable recato, fue indicante fatal de la cercanìa de su muerte: porque jamàs consintiò, que le tocassen manos agenas, por muy postrado que se hallasse. Pero ya no le quedaban de vida cinco dias enteros; y apoderados del cuerpo los aposentadores de la muerte, huvo de ceder à la extrema necessidad el escrupulo. Vino á visitarlo, traìdo de la noticia el P. Rector: y sin reflexar en la nimia obediencia del enfermo le dixo: Que bien podia levantarse, y no fomentar con la aprehension el accidente, que pareciendo mucho, era de ningun momento. Esto mismo repitiò al despedirse: y sonandole à mandato el consejo al P. Zorrilla, luego quiso ponerlo por obra. Comenzò à afanar intentando vestirse; pero como apenas tenia movimiento en las manos, eran inutiles sus afanes. Aviendo gastado vanamente en estas diligencias mucho tiempo, no se diò por vencida su constancia, hasta que entrò su Confessor, y lo hallò bregando con la

ropa en ademanes de vestirsela. Extrañò el Padre la novedad, y la empressa: à que satisfizo el obediente P. Zorrilla diciendo, que aquella era la voluntad del Superior, quien expressamente le avia mandado levantarse. Procurò su Confessor dissuadirlo, proponiendole, que no podia querer el Superior, que con efecto se levantasse estando tan postrado de fuerzas: y que solamente intentaria con aquel modo de hablar quitarle qual quiera aprehension de gravedad peligrosa en el accidente. Mas el P. Pedro, que no admitia interpretaciones en puntos de obediencia; respondiò resueltamente, que el P. Rector le avia dicho, que se levantasse, y que lo avia assi de executar aunque supiera, que avia de morir en la demanda. Viendo el Padre la escrupulosa porfia de su Hijo espiritual, se revistiò de la authoridad, que le daba este respecto, y le mandò seriamente, que se estuviesse quieto en la cama. Solo assi pudo darse por vencido el P. Pedro dexando una, por otra obediencia: con la que finalmente se dispuso para morir, hecho obediente como Christo, hasta la muerte misma.

Esta (à lo que podemos discurrir) fue preciosa en los divinos ojos, como fiel reclamo de una vida inculpable, y llena de virtudes heroycas: de un espiritu fervoroso, proprio de los verdaderos hijos de la Compañia, y de una Alma ansiosa de la perfeccion: de que no perdiò punto alguno, que con la Divina Gracia pudiesse alcanzar en el cumplimiento de sus obligaciones religiosas, y modo suyo de proceder. Fue su

ca-

camino como el de los Justos: pues aviendo resplandecido luz en las auroras de su niñez, fue siempre creciendo, mientras viviò en el siglo: y en la Religion llegò à ser dia perfecto. Desde que entrò en ella se hizo admirar en el V. Padre una puntualissima observancia de todas nuestras Reglas. Contienense en ellas los apices de la santidad: y no ay duda, que quien se empeñare en guardarlas exactamente, llegarà à la cima de lo perfecto: adonde llegaron tantos Varones Illustres, que no hizieron mas, que lo que nuestras santas Reglas prescriben. Todas las abrazò el V. Padre Zorrilla, mostrando en la practica de las mas leves, quanto apreciaba aquellas en que se encierra el cumplimiento de los votos, lo substancial del Instituto, y la solidez de las virtudes. No solamente tenia oracion, sino que la prevenia, y examinaba. No solamente decia con mucha devocion, y espacio Missa, sino que con el espacio, y devocion misma daba gracias despues de aver celebrado. No solamente hazia los dos examenes generales cada dia à sus tiempos, sino tambien el particular: y ajustando todas sus acciones al tirante de la distribucion, jamàs omitiò alguna, que pudiesse observar. Leìa la leccion espiritual por sì mesmo: y quando no podia hazia, que se la leyesse un Hermano. Todos los dias limpiaba su conciencia en el Sacramento de la Penitencia: donde lloraba sus defectos como culpas gravissimas. Solicitaba tambien penitencias à tiempos, por la falta de observar las Reglas: pedialas al Superior siendo

Subdito; y se las imponia èl mismo siendo Superior. Desuerte, que era muy ordinario decir el V.P. en el Refectorio sus faltas, como lo eran aquellas mortificaciones, y humillamientos, que en tiempo de comer se acostumbran en la Compañia: servia como todos, fregaba los platos, comia en tierra, pedia de limosna la comida, besaba los pies, se postraba en el passo, rezaba oraciones, y en una palabra, no dexò accion alguna en toda su vida de quantas aprendiò en el Noviciado. Porque en el fervor fue siempre Novicio, y tan nimio, que regulando sus operaciones, por la letra de la ley, no traspassaba ni los apices. Por esso si las enfermedades no lo reducian à la cama; barria por sì mismo el aposento: y lo mas, que consentia era, que el Compañero le aliviasse parte de la tarèa. Dando por razon, que la regla no exime totalmente al enfermo del trabajo, sino que le permite, que sea ayudado: desuerte, que siempre haga algo el que por falta de salud no puede hazerlo en el todo. Basta en este punto decir, que el V. Padre no quebrantò advertidamente regla alguna, y que como solia decir, tenia firme dictamen de escojer la muerte antes, que el quebrantamiento de una Regla.

Quien asi cuydadaba de lo poco, como cuydarìa de lo mucho? De aquellas Reglas, digo, en que se proponen las virtudes particulares del Jesuita. La primera, y fundamental, es aquella en que se asienta el fin characteristico de la Compañia, que es atender á la salvacion de las Animas propias, con la gracia divina, y

con

con la mifma intenfamente procurar la de los proximos. Eftos fon los dos polos en que fe mueve la machina de nueftro Inftituto: y el V. Padre Zorrilla haziendofe cargo de fu vocacion, jamàs tuvo ociofa la gracia divina; fino que obrò con ella fiempre igualmente la falud propria, y la falud agena. Obrò la propria: y no es tanto de admirar lo mucho, que caminò en la virtud para affegurarla, como las batallas, que tuvo, y que le cerraban à fu efperanza todas las puertas. Lo delicado de fu conciencia, junto cō la perfpicacia de fu entendimiento, le eran al V. Padre internos poderofos enemigos, que llenandole el Alma de efcrupulos, lo convencian reo de gravifsimas culpas. De donde fe feguian obfcuridades, congojas, dudas, temores, y aun evidencias de fu eterna defdicha; con que pretendia perfuadirle el Demonio, que no fiendo pofsible mantenerfe en el mundo fin pecar, tampoco podia efperar fu falvacion.

De aqui paffaba à batir el antemuro de la efperanza, que es la Fè Divina. Le ponia dudas en fus Myfterios, procurando confundir con tinieblas las verdades catholicas: para que faltandole aquella luz, que en la noche de efta vida dirige nueftro rumbo, fracafaffe el baxèl, ya que no en el efcollo de la defefperacion; al menos en el de una temeridad: efecto proprio de la falta de divino temor. Afligido, y ahogandofe, acudia el V. Padre al afylo de la oracion. Pero hallando el Cielo de bronze à fus gemidos, fe imaginaba dexado

de

de la mano de Dios como reprobo. Y teniendolo el enemigo en este desamparo, no solo le agusaba los discursos, para que se hiriesse con su misma espada; mas irritandole en el cuerpo el humor bilioso de su enfermedad, lo avecindaba al mas espantoso precipicio del despecho, que es el odio de Dios. Hallabase el V. Padre posseìdo de una rabiosa ira contra la summa Bondad, que le sugerìa horrorosas blasphemias, acusando injusta su Providencia, tirana su dominacion, y engañosas sus promessas; pues buscando su auxilio lo dexaba solo en el palenque. Eran tan vehementes estas luchas, que esforzandose à resistirlas, ponia tanto connato, que redundaba al cuerpo la fatiga cayendo quasi desmayado, y faltandole muchas vezes la respiracion: y eran tan continuas, que (como asseverò uno de sus Confessores) *yá unas, yá otras: y à vezes todas juntas se encruelecian demodo, que quasi, quasi se miraba como en camino de perdicion.*

El alivio unico, que tenia en estos conflictos era el recurso à su Confessor: à quien ingenuamente descubria el theatro de su espiritu, proponiendole como en un mapa, quanto passaba en su interior. Y era tal la luz, que por este conducto, le communicaba el Cielo, que serenada su conciencia, recobraba nuevos brios, para buscar el fin de su vocacion con mas empeño. Aunque como Dios queria, que fuesse heroyca la santidad de su Siervo, llevandole siempre por sobre alguas encendidas; à la visita celestial, se seguia la prueba

de

de la tribulacion. Y siendo aquella breve, esta se alargaba por muchas horas: hecho el paciente espectaculo, no yà de los hombres, que solo vèn lo que pinta el rostro; si de Dios, que penetrando del corazon los profundos abysmos, se complacìa en las victorias de su Soldado. El que fundando su esperanza en la incontrastable roca de su fee, prosiguiò levantando con la practica de todas las virtudes religiosas, aquel espiritual edificio, que dirà esta succinta narracion, propria de quien con la gracia divina, en esta vida se labra su salvacion eterna.

Desconfiado de sus meritos proprios el V. Padre, se auxiliaba para la consecucion de aquel fin, del patrocinio de los Santos; à quienes para obligarlos tributaba especiales cultos su devocion. Amaba tiernamente al Evangelista San Juan, en cuyo dia celebrò su Missa primera: y al tanto al Glorioso Patriarcha Sr. San Joseph, en cuya solemnidad, hizo sus primeros votos. Añadia el Padre estos respectivos titulos, à los absolutos, que estos Santos tienen en su pureza, privilegios, y altissima dignidad, para merecer sirviendoles su especial favor: del uno, para cumplir perfectamente las obligaciones del Sacerdocio: del otro, para satisfacer à las de su vocacion. Consideraba en esta, vinculada su eterna dicha: por lo que haziendo de ella el debido aprecio, puso entre sus devotos privativos à nuestro Joven Angel San Luis Gonzaga: porque supo, que rogaba por èl à Dios, desde que entrò en la Compañia. Noticia, que le com-

municò un espiritu iluminado, que registrò en un extasi al Santo, haziendo por el Novicio el oficio de Protector. A N. P. San Ignacio amaba como hijo, y temia, como humilde. Hablaba altamente de su santidad: sentia como apassionado de sus dictamenes: apreciaba afectuoso à su Compañia. Y juzgando, que el mayor obsequio, que podia hazerle era guardar sus Reglas; puso aquel grande cuydado, que yà expressè en su observancia. Y si como hijo procuraba darlo à conocer en el mundo, yà con pinturas, que representaran en el lienzo su rostro, yà con elogios, que pintaran en los entendimientos sus virtudes; como hijo humilde se sobresaltaba, quando se lo ofrecia la memoria: porque se persuadìa, que tendrian muy displicente à un Padre tan recto, las continuas faltas de un tan inutil hijo. Hallòse tambien beneficiado del Apostol de la India San Francisco Xavier, à quien encomendò el cuydado del Colegio de San Ildephonso. Y observò, que en el tiempo en que se le hazia su novena, se descubria con extraordinarias contingencias algun perjudicial desorden, que pedia instantaneo remedio. Lo que atribuìa à providencia del Santo Apostol: y procuraba, que como lo era del Colegio, fuesse tambien Protector suyo, obligandose el V. Padre à reconocerlo tal con el tributo de sus servicios.

La principal de todas sus devociones fue à MARIA Santissima, concebida en sus primeros años, y continuada por todo el tiempo de su vida, bajo del titulo del

del Rosario. Era esta Señora el centro de su corazon, el imàn de sus ternuras, y el blanco de sus afectos. La invocaba en todas sus afliciones: y la tenia siempre en la voca para bendecirla, y ponderar la grandeza de su proteccion; con el fin de aficionar à todos al exercicio de su Santo Rosario: en que el Padre fue indefectible, y tan constante, que nunca se recojiò à dormir sin averlo rezado. Dedicòle todas sus funciones: y con su sagrado nombre honrò el nuevo Seminario, que añadiò al antiguo de San Ildephonso: donde le erigiò curiosa Capilla à su Imagen; para que fuesse Madre especial de aquella tierna juventud, que lo avia de componer. Tambien en la hermosa Capilla, que goza en su hazienda de San Geronymo el Colegio del Espiritu Santo, hizo, que se le fabricasse un sumptuoso retablo, constituyendo à la gran Reyna, Patrona de los bienes temporales. Y aunque en esta obra no tuvo su deseo mas parte, que la disposicion, en otras hizo su pobreza por entero los gastos, aplicando à este fin lo que pudiera à su uso, y el precio, que de algunas alhajillas de su uso, sacaba su devota economìa. Efecto de estas industrias son los agraciados lienzos, que se vèn en las Iglesias de los Colegios, donde fue Superior. Finalmente nunca dexò de hazer obsequio à la Señora, que se le propusiesse, aunque fuesse trabajoso, y lo repugnasse su quebrantada salud. Como se viò en la referida hazienda de San Geronymo: donde entablò, que los sirvientes, saliessen de noche en procesion rezando el Rosario

de la Señora: y aunque la estacion era larga, el tiempo incommodo, y muchas vezes humedo el suelo, no podia el V. Padre contenerse de asistir à la funcion. A los que conociendo el grave daño, que de ella podia resultar en su doliente cuerpo, se lo procuraban dissuadir; respondia, que no podia ofenderle cosa alguna por rezar el Rosario.

Assi se lo persuadia su fervor, y aun la experiencia de muchos beneficios, que avia recibido de la gran Señora por este medio. Aqui puso con su afecto toda su confianza, y asseguran dose siempre el buen exito, emprendia, quanto juzgaba del servicio de Dios. Temeridad juzgò la prudencia humana el empeño del nuevo Colegio de Grammaticos: pero lo puso en manos de la Señora; à quien le diò desde sus principios el Patronato: y yà se viò como se allanaron las dificultades, como corriò la obra, y como se ha cojido el fruto. Asseveraba el V. Padre, que nada avia pedido à la Señora, que no la huviesse executivamente alcanzado. Por lo que en teniendo qualquiera aprieto, diciendo á la Santissima Virgen tres Missas, quedaba tan cierto del favor, que no repetia instancia sobre el assumpto. Como el medio, siendo tan eficaz, era muy facil; no es mucho se atreviesse à prometer sucessos, que tocassen en milagrosos: sucediò assi en la misma hazienda de S. Geronymo, donde se hallaba el V. Padre, en circunstancias de una tan larga seca, que aviendo hecho à las sementeras mucho daño, iba consumiendo los ganados: que fal-

tos de agua morian de ſed. Lamentòſe el H. Adminiſtrador, de eſte trabajo, con el V. Padre, que era Rector ſuyo; y eſte aſſertivamente le reſpondiò, que no paſſaria el Sabado, ſin que le vinieſſe à la hazienda el remedio. El termino era de tres dias: el que era neceſſario para decir à ſu Patrona Santiſsima las tres Miſſas, en que el V. Padre avia fiado el deſempeño de ſu palabra. Eſtuvo el H. Adminiſtrador todos los tres dias con grande obſervacion: pero aviendo anochezido el Sabado ſin ſeñal de agua, yà deſeſperanzado del todo, de lo que ſu Rector avia prometido; ſe fue à èl, y en tono, de quien ſe burla le dixo: *En verdad mi P. Rector, que de eſta vez no ha ſalido V. R. buen propheta: pues el termino ſe ha paſſado, y el agua no ha venido.* Oyò el P. Rector, y reſpondiò: *Hermano mio, todavia no ſe ha paſſado el Sabado, y ha de llover antes, que el Sabado ſe paſſe.* Aſsi fue, que eſtando raſſo el Cielo al anochezer, à las diez de la noche cayò tan copioſo aguazero, que innundò la hazienda: y continuandoſe por los dias ſiguientes, fue el remedio de los ganados, y ſementeras. Admiraron todos el prodigio, y reconociendo la gran confianza del Santo Rector, dieron las gracias à MARIA SS. que aſsi oìa à ſu Siervo, cumpliendo ſus promeſſas.

Tomò el V. Padre eſta ocaſion, para recomendar la utiliſsima devocion del Santiſsimo Roſario, que yà avia introducido en la hazienda, ſolicitando con ella la gloria de la Señora, y el provecho de ſus devotos: perſuadido à que tributandole à MARIA Santiſ-

ſima

ſima eſte obſequio, lograrian en ſu amparo los bienes del Alma. Como el miſmo Padre los avia logrado ſobreabundantemente, y eſperaba lograrlos, en lo que le quedaba de vida; para aſſegurarſe el primario fin, que propone al Jeſuita ſu regla, que es la propria ſalvacion. Por eſſo quando las tentaciones pretendian ſumergir ſu eſperanza en un abyſmo de temores: buſcaba eſta tabla, y en ella hallaba todo ſu conſuelo. Y porque el Patriarcha Santo Domingo fue, el que la ofreciò al mundo; le vivia ſummamente reconocido, y lo puſo entre ſus particulares devotos, encomendandole al Santo ſu Alma, para que, pues eſta avia abrazado tan provechoſa devocion, corrieſſe de ſu cuenta ponerla en ſalvamento.

No obrò con menos eficacia, que la propria el V. Padre la ſalud eſpiritual de los proximos: que es el otro polo de nueſtro ſanto Inſtituto. Eſte glorioſo empleo lo traxo à la Compañia: y todo el tiempo, que en ella viviò, fue un diſsimulado Apoſtol, que ſin el aparato de Miſsionero, cojia miès abundantiſsima en los lugares donde moraba. Siendo Maeſtro enſeñaba à ſus diſcipulos, primeramente la ciencia del temor divino, el amor à la virtud, el horror à el vicio: y correſpondia ſiempre el fruto à tan buena ſemilla. Ni ſe eſtrechaba à los familiares ſu zelo: ſembraba en las plazas la palabra divina à los ignorantes: y aſſi en las Carzeles à los preſos; como à los enfermos en los Hoſpitales, exhortaba à la confeſsion, logrando de eſtos

exce-

executivamente la penitencia, y de aquellos la inteligencia de las eternas verdades. Siendo Rector de San Ildephonſo trabajò glorioſamente ſu fervoroſo eſpiritu, en contener los arrojos de una juventud temeraria, reduciendola à una vida compueſta, que era materia del palmo, y de la edificacion. Pues dandoſe muchos à los exercicios eſpirituales, los que menos; ajuſtaban ſus coſtumbres al tenor de la divina ley. De eſte Seminario de virtudes, ſe proveyò el eſtado Religioſo, que oy logra Sugetos, que lo honren, de los que cultivò niños el V. Padre. En el Secular ay tambien no pocos, que ſiendo exemplares en ſus chriſtianas operaciones, confieſſan agradecidos, que al Santo P. Pedro Zorrilla debieron ſu buena crianza. Y ſi hizo de Colegiales novicios, no es meneſter decir, que de dia, y de noche eſtaba obſervandoles los movimientos para el conſejo, para la exhortacion, para la correccion: que uſaba de penoſas induſtrias, para entretener à los mas tiernos, y apartarlos de los peligros: que para aſſegurar à la innocencia, emprendiò repugnandolo muchas dificultades, la fabrica del nuevo Seminario: que ſe hizo exemplar de la virtud, para predicarla con la energìa de las obras. Por que el argumento mayor de ſu Apoſtolado, es aver convertido en noviciado aquel Colegio.

Quando fue Superior de los nueſtros, todo ſu cuydado fue, que eſtuvieſſen los miniſterios atendidos, cuyo amor procurò entrañar en los Novicios, y adelantar en los antiguos. Precedìa à todos con el exemplo:

y no teniendo fuerzas para una moderada tarèa, gastaba mañanas enteras en el Confessionario. A imitacion del Prelado se aplicaban los Subditos: y parece, que no sentia sus males el V. P. Pedro, quando veìa llena la Iglesia, y proveîdo el patio de Confessores; rebosandole al exterior el gozo, que recibia su Alma del fruto, que esquilmaba Dios en su Colegio. Por esso el obsequio, que el Subdito podia hazerle à su Rector para ganarle la voluntad, era la aplicacion al provecho de los proximos. Lo estimaba tanto el V. Padre, que añadiendo à las palabras de agradecimiento las obras, concedia al que assi lo obsequiaba otros alivios, lo honraba quanto podia, y solicitaba darle cumplido gusto. Assi se portò en el Colegio del Espiritu Santo: donde aviendo entrado con poca acceptacion de los Subditos, vivieron despues estos tan gustosos de su Rector, que fueron perpetuos pregoneros de su zelo, charidad, y religion. De la mesma suerte se portò en esta Casa Professa el tiempo, que la gobernò el V. Padre: y juntando à las cargas de Preposito, los oficios de Operario, diò bastante motivo à la admiracion de los que le veîan quasi moribundo, solicitar como Hijo verdadero de S. Ignacio Almas para Dios.

El extremo peligro de su vida lo volviò al Colegio del Espiritu Santo: y quando pudiera contenerse su zelo para el alivio de su debilitado cuerpo; considerando, que la mejor disposicion para la muerte, que yà miraba cerca, seria insistir en el ministerio del Confessio-

ſionario; hizo dictamen de gaſtar en èl, aquel tiempo, que tuvieſſe de vida. Y aſſi lo cumpliò: porque del Confeſsionario ſe levantò para morir, ſirviendole de irritativo à ſu enfermedad la continua tarèa: que fatigandole la cabeza, le indiſpuſo el eſtomago, y por fin le acabò los pocos alientos con que ſe hallaba. Mas huviera vivido, ſin duda, el V. Padre ſi el amor de los proximos no le huviera urgido, y empeñado tanto en ſu ayuda. Pero anteponiendo à ſu vida, la eſpiritual de las Almas, en ſanidad atropellaba con ſu propria conveniencia; y en la enfermedad con ſu peligro. No pudiera hazer mas por ſu Alma propria.

Quanto ſe intimaba el V. Padre à los eſtraños, que miraba como proximos para encaminarlos al Cielo; tanto ſe eſtrañaba de los parientes, deudos, y amigos, que le querian traèr à ſus caſas. Luego que entrò en la Compañia, ſiguiendo el conſejo de Chriſto N. Señor, hizo cuenta de dexar lo que le avia quedado de carne, y ſangre, relaciones, y dependencias del ſiglo. Quando vino à Mexico le cumplimentaron con lo mas granado de la Ciudad ſus iluſtres Parientes: pero el V. Padre, aun à ſu Hermana, viſitò una ſola vez, y en los ocho años ſiguientes, ſolo en aquellos caſos, que pedia la charidad. La que derramandoſe ciegamente en obſequios para otros, ſe violentaba para mirar à los ſuyos. La cauſa era: porque en los ſuyos temia, que fueſſe mezclada la charidad con amor terreno; el que avia extinguido en ſu Alma. Por eſſo aviendoſe empeñado

un cavallerito deudo muy cercano del V. Padre,Rector entonces del Colegio de San Ildephonſo, para que le admitieſſe de limoſna en una veca, como admitia à otros pobres: pues tenia el titulo meſmo de una ſumma pobreza; le cerrò el Padre la puerta, y no ſe la huviera abierto, ſi uno de los nueſtros, de quien el V. Padre hazia mucha confianza, no le haviera quitado todo eſcrupulo, y aun encargadole la conciencia. Tampoco pudo otro conſeguir, que interpuſieſſe ſu authoridad el V. Padre, à fin de que à un hijo ſuyo, Sobrino del P. Zorrilla,ſe le dieſſe una capellania de aquellas, cuyo Patronato gozan nueſtras Caſas. Se negò el V. Padre à la ſuplica, cerrando los oìdos à quantas eficazes razones le proponia el pretendiente,ſolo porque mediaba el parentezco, que las hazia ſoſpechoſas.

Con eſta miſma eſtrañeza reſiſtiò à la communicacion de muchas perſonas, que tenian el debido aprecio del V. Padre. Uno de eſtos fue el Ilmo. Sr. Dr. D. Juan Antonio de Lardizabal, Obiſpo de la Puebla: quien deſde que vino de Eſpaña, en las primeras viſitas penetrò el fondo del P. Zorrilla, y lo hizo arbitro de ſus confianzas. Màs el deſengañado Padre, luego que cumpliò con la urbanidad, y atenciones debidas à tan Iluſtre Perſonaje, ſe retirò á ſu apoſento con dictamen, que obſervò puntualmente, de no piſar el Palacio ſin grave neceſsidad en que lo puſieſſe ſu oficio. No deſeaba eſto el Señor Obiſpo, ſino que como amigo ſe le intimaſſe. Màs viendo, que ſus inſinuaciones no baſtaban,

ban, para atraèr à ſu familiaridad Sugeto tan de ſu afi cion; añadiò expreſsiones mas claras por medio de un Señor Prebendado. Quien le hizo notoria la voluntad de ſu Ilma. á fin de que lo trataſſe, y no tuvieſſe ocioſa la mucha gracia, que le deſeaba hazer. Eſte convite, que liſonjèara el genio à otro de los muchos, que hambrèan el proprio aplauſo, y metiera en negocios ſeculares, y pretenſiones de Palacio; fue para el V. Padre pavoroſa voz, que le obligò à huìr mas del valimiento en que conocia proximo peligro de contravenir à las precau ciones de nueſtro ſanto Inſtituto. Huìa verdaderamente el V. Padre al mundo; y conociendo, que el mejor modo, que ay para que el mundo nos dexe, es dexarlo noſotros; cortò toda relacion, y ſe negò à todo genero de perſonas, que tuvieſſen repreſentacion en el ſiglo, y yà ſabian los Señores aſsi Togados, como Capitulares, y Titulos, que no avian de viſitar al P. Zorrilla, ſino es para negocio de conciencia: porque, el que hablandole de puntos pertenecientes al bien eſpiritual, era paloma, que atraìa con ſu manſedumbre; en queriendo tratarle de otra coſa era un herizo lleno de eſpinas, con que ahuyentaba à los que inutilmente le entretenian el tiempo.

Eſtaba el V. Padre muy bien fundado en la ver dadera humildad, por eſſo aſqueaba tales communica ciones, que ceden en aprecio de la propria perſona. Cegò el humilde Padre de raìz el arbol de ſu parentela, queriendo quedar ſin genealogia, como Melchiſedec:

porque siendo muy ilustre; reconocerla, serìa tanto como hazer alarde de sus blasones. Asimismo, nunca quiso tratar con Personajes: porque de este comercio se usufructùan siempre estimaciones, repugnantes al paladar de su desengaño: al que solo deleytaban las humillaciones. Su vestido era siempre viejo, corto, y tan raìdo, que yà tocaba la raya de indecente. Nunca admitiò ropa nueva, sino quando saliò de esta Casa: que se la diò conforme à su deseo, de paño tan gruesso, y burdo, que llegado al Colegio del Espiritu Santo, solo se pudo aplicar à un sirviente. Y aunque el V. Padre sentia su despojo, no permitiò la charidad del P. Rector, que la possession se le restituyesse. En su voca nunca sonò palabra alusiva à los puestos, que obtuvo en el siglo: antes si muchas, en que confessaba sus defectos. Repetia muchas vezes, que vivia muy agradecido à la Religion, porque lo avia admitido entre sus Hijos, siendo adulto, aviendo tenido otra crianza, y con el conocimiento de que recibia un sujeto inutil. Siempre, que veìa à cierto Padre de nuestra Compañia tan rigido, como santo, le sobresaltaba, y decia con ingenuidad, que si no tuviesse la fortuna de ser professo, antes que fuesse Provincial aquel Padre, avia hecho juycio de que en su Provincialato lo avia de despedir de la Compañia. La turbacion, que salia al rostro, y el modo mismo de la asseveracion, daban bien à entender, que en su cora zon assi lo sentia: y juntamente, que en sus ojos, no solo se desparecian sus virtudes; mas se le transfigura

ban

ban en defectos tan graves, que le pronosticaban su expulsion. Todo el tiempo, que estuvo en Mexico, por muchas instancias, que le hizieron los de la Universidad, nunca pudieron persuadirle, à que usasse las Infulas de su grado, y fueros de Doctor; ni en presidencias, ni en replicas, ni en borlas. Y si tal vez assistiò à un examen, fue siendo Colegial suyo el graduado, por ceder este acto en honra de su Colegio.

Quando fue Superior, parecia el infimo de todos: porque si no avia quien lo moderasse, se barajaba con los Hermanos Coadjutores, tomaba el ultimo lugar, y usaba otros arbitrios, en que pudiesse ocultar lo honroso del oficio. Ni es mucho viviesse bien hallado en la baxeza siendo Varon perfecto, el que quando comenzaba à volar se arrancò las alas. Luego que diò los primeros passos en el sendero del honor, que le ofrecia en el siglo grandes ascensos; assaltado de la vanidad, como prendado, y mozo se le propuso facil la subida: y mas teniendo en la Corte el mucho valimiento de sus Parientes. Yà el animo iba à seguir aquel viento: pero conociendo la tentacion, hizo firme dictamen de no hazer la menor diligencia en este punto. Y lo cumpliò tan exactamente, que se quexaron sus Parientes de su silencio: y quando le vino la Prebenda la recibiò sin saber, porquè camino le avia venido. A estos principios correspondieron fielmente los medios; y à tales medios, què fin corresponderia, sino el de una humildad asombrosa? El caso fue, que poco antes de morir, previniendo,

do, que ſus papeles en ſu muerte deſcubririan lo que en vida les avia fiado, aſsi de ſantos propoſitos, como de favores divinos; llamò à ſu Confeſſor, y aviendole antes tomado la palabra; le entregò, aſſegurado ya en ſu fidelidad, todos ſus apuntamientos; para que los quemaſſe luego, que èl fallecieſſe. Aſsi lo executò como fiel podatario el Confeſſor: privandonos ſu fidelidad de un theſoro, que nos huviera enriquecido de precioſas noticias. Pero contentemonos con el exemplo de humildad; que en eſte incendio nos alumbrò, muy ſemejante al que ſe refiere de N. P. San Ignacio. A quien como verdadero hijo imitò en vida, y muerte el V. Padre Zorrilla. En muerte, quemando el archivo de ſus ſecretos, y en vida, enſeñando de obra, y de palabra la humildad. De la que hizo dos años enteros platicas á ſus Novicios; como el meſmo Santo ſe la hizo una vez deſde el Cielo de eſta virtud à Santa Maria Magdalena de Pazzi.

Pero como llegaria el V. Padre à grado tan perfecto de virtud, ſino procurando ſu mayor abnegacion, y continua mortificacion en todas coſas poſsibles, haſta quedar muerto al mundo, y al amor proprio? Lo menos era el rigor, con que trataba à ſu extenuado cuerpo, mirandolo como à enemigo. Lo deſangraba con crueles diſciplinas: lo mazeraba con muchos cilicios: lo debilitaba con continua abſtinencia: y lo tenia ſiempre diſguſtado con la priſion de ſus ſentidos, y opoſicion à ſus apetitos, aun quando los cohoneſtaba la ne-

ceſ-

cefsidad. Tenianle ordenado los Medicos, que usasse del vino tinto entre la comida: y aviendole regalado un bienhechor con un frazco de este genero muy delicioso al gusto; el V. Padre lo diò à la Procuradurìa, no queriendo tener de su mano este regalo, sino tomar el commun, que se le ponia en el Refectorio. Tampoco quiso en su ultima enfermedad, aun à vista de su peligro pedir nieve, que en otras ocasiones avia sido su remedio, y ofreciendosela un devoto, que sabia quanto aprovechaba al Padre este refrigerio, lo repugnò por negarse este alivio. Aun mas advertida anduvo otra vez su mortificacion, que contra lo que hasta entonces avia practicado el P. Rector Pedro Zorrilla, mandò al ropero, que le hiziesse toda ropa blanca de nuevo. Averiguada la causa fue aver visto en la roperìa un lienzo summamente aspero; y pensando, que avia hallado congruente cilicio para su cuerpo, pretextò necessitar de abrigo. No se estrañàra tanto esta austèridad, si el penitente Padre huviera sido de aquellos, que se dieron en el estado secular à los placeres mundanos. Porque entonces seria razon deshazer con penitencias lo que huviesse habido de regalo: pero no puede menos, que causar admiracion, que aviendo tenido desde su niñèz el P. Pedro vida de Angel, se diesse una vida de perros; dicho, que le repetia uno de sus Confessores.

Ni era menester, que el V. Padre discurriesse modos de mortificar su cuerpo, quando Dios avia tomado muy à su cargo llenarlo de dolores, que le causa-

ban ſus enfermedades. La mas executiva era la del eſtomago: pero para el ſentimiento avia otras muchas. Porque padecia la cabeza con tanta intenſion, que lo ſolia privar del acuerdo. Padecia continuas fluxiones al pecho, y à la cara: reùmatiſmos à todo el cuerpo: tal vez cèatica, y ſiempre anſias en el corazon, en que tenia baſtante materia ſu reſignacion para el merecimiento. Porque conſiderando, que todo eſto venia de la mano del Señor, lo recibia conforme con ſu ſantiſsima voluntad, y lo eſtimaba como beneficio. Por eſſo al que le preguntaba, como le iba: eſtando malo; reſpondia, que bien: y que mejor, quando ſus males ſe agravaban. Advirtiò en las reſpueſtas un confidente ſuyo, y reconviniendole con la falſedad, que en ellas ſonaba; le ſatisfizo el Padre diciendo: *Reſpondo aſſi, porque en padecer ſe cumple en mì la voluntad de Dios: y cumpliendoſe en mì, como puede irme mal?* Aſsi lo expreſſaba, y aſsi lo ſentia, ſin que jamás dieſſe indicante de ſu deſagrado.

Siendo tanto lo que padecia aſsi con ſus penitencias, como con ſus enfermedades, era lo menos: porque ſe quedaba en el cuerpo todo el eſtrago. Lo mas fueron las mortificaciones del Alma, que le cauſaban los eſcrupulos, las tentaciones, y los temores de ſu ſalvacion. Deſuerte, que conociendo el peligro de ſu vida, ſe anguſtiaba ſobre manera, por el que de ſu ſalvacion concebia. Y eſto era lo unico, que le amargaba al V. Padre en ſus enfermedades; no lo que eſtas le afligian en el cuer-

cuerpo con dolores, sino lo que con este cuydado atormentaban su Alma. Pero todo servia de morir à sì, y vivir à Christo nuestro Señor, imitandole en el sufrimiento, y voluntad, con que se ofreciò à morir en una Cruz. Descomidiòsele una vez un Subdito suyo, y aviendo desfogado à su satisfaccion la colera con el Superior; este sin alterarse le respondiò estas solas palabras: *Está bien.* Y dixo lo que de verdad sentia: porque aquel encuentro le ofreciò la ocasion, que deseaba de passar injurias, no dandola èl de ello; por vestirse de la librèa de su Señor.

Otra vez à otro Sujeto negò licencia para comer en casa de un Seglar, en un dia festivo; por justos motivos, que tenia el zeloso Rector: màs el Sujeto haziendo punto vencer à el Prelado; acudiò al P. Provincial, y pintò tan à su intento la pretension, que con efecto consiguiò à favor suyo la sentencia. Ostentò orgulloso el triumpho: màs el P. Pedro no se diò por sentido de su atropellamiento. La razon, que estimulò al Subdito para el recurso fue, que no se saliera con la suya el Rector; y esto con que pudiera el Rector encenderse mas, le fue motivo para hazer alarde del sucesso: pues como agradecido añadiò de parte suya el obsequio de acompañar al vencedor al convite. Este hecho, que en otro fuera muy heroyco no lo fue en el V. Padre, porque la vida, que tenia de Christo, avia extinguido en èl todo amor proprio, sin dexarle ni los ardientes espiritus del pundonor, que se abrigan en pechos nobles.

Todavia se portò con mas ayre su mortificado espiritu, en circunstancia de aver un Secular depuesto del innocente Padre cosas indignas de su notoria religiosidad, y aun de sus honrados respectos. Todo lo sabia el P. Pedro: y hallando este titulo especial, para tener à su emulo por benefactor, desempeñò la primera vez, que pudo su gratitud. Y fue, que luego, que supo, que al dicho sugeto se le avia muerto una persona su allegada, y que como à tal la mantenia en su casa propria; le embiò à ofrecer para la sepultura la Iglesia, y acceptada la oferta, hizo el mismo Padre el entierro, y solemnizò los funerales con toda la pompa possible. Aqui pudo decirse con verdad, que un muerto enterraba à otro muerto; pues al que era en el cuerpo cadaver, hazia los sepulcbrales oficios el P. Pedro tan muerto en el espiritu, que no sentia sus mayores injurias. Solo una vez las sintiò: pero no por el estrago, que recibiò su innocencia, sino por el daño, que pudo resultar al author. Se atreviò este à poner su insolente voca en la vida inculpable del P. Pedro atribuyendole un delicto; por ser en punto de pureza el mas feo: y por mezclarse la circunstancia del fuero sacramental, el mas horrible. Como el P. Pedro no avia dado la mas leve ocasion à su infamia, emmudeciò gustoso en cumplimiento de la regla, sin querer alegar lo que pudiera conducir à su justificacion. Pero Dios por ultimo, descubriò la verdad volviendo por la honra de su Siervo. Y convirtiendose contra el impostor la tempestad, llevò este su

merecida pena. El V. Padre, que avia estado insensible, quando era reo, ahora, que viò padecer al actor, se apesadumbrò tanto, que no pudiendo sus diligencias sacarlo libre, concibiò en su cuerpo una fiebre maligna, que lo rindiò à la cama. Si el no sentir las proprias injurias es argumento irrefragable, de que estaba muerto para sì el P. Zorrilla; el sentir las agenas, lo es de que vivia en Christo, à quien miraba en el proximo.

Mirabalo mas vivamente en el Superior, que en su lugar gobierna, sujetandole la voluntad, y el juyzio proprio. Podemos dudar si alguna vez fue el V. Padre dueño de su alvedrìo, ò hizo alguna cosa por su proprio dictamen. En el siglo estuvo tan dependiente de sus Confessores, que aun para mudarlos, seguia ciegamente el mandato del que actualmente lo dirigia. En la Religion fue como un cuerpo muerto, que se dexa llevar donde quiera sin repugnancia alguna: teniendola solamente el P. Padre para gobernar. Porque aqui peleaban la humildad, y la obediencia. Pero ninguna quedaba quexosa: porque à la humildad contentaba con el sentimiento nacido del juyzio, que tenia formado de su indignidad: y à la obediencia con la execucion del precepto, en que su sentimiento se sacrificaba. Y si obedecia en admitir el cargo, era el cargo para estàr siempre obedeciendo. Quanto mandaba à los Subditos, era por obedecer al contenido de las reglas, y ordenes de los Padres Generales, y Provinciales. Por esso insistiendo en algun punto su entereza, desistia al

instante, que era reconvenido con el texto, sin buscarle inteligencia, que apoyasse su dictamen.

Sentia mucho el zeloso Padre Zorrilla, que un Sujeto visitasse cierta casa, prohibiendo la Regla semejantes visitas, en que el tiempo se malvarata. Pero aviendo tenido varias disputas, con el Sujeto sobre la materia, nunca le prohibiò el assumpto: sin mas razon, que ser hija espiritual la visitada, y ser por esso excepcion de la regla. Mucho tuvo el P. Pedro, que batallar consigo en este caso: porque encontrandose con los inconvenientes, que una regla previene, y con la permission, que contiene la otra; quisiera cumplir con ambas, aunque fuessen en la practica opuestas. No ignoraba el discreto Rector, que prevalecia à la permission de la segunda, lo que la primera cautelaba; pero se valiò de otros medios para consiliar ambas reglas: porque no pareciesse, que contravenia à alguna con la interpretacion. De la que estuvo siempre tan lexos, que instandole una vez el H. Procurador, para que fuesse arbitro de una venta, que se trataba; se escusò diciendo, que observasse la regla de su oficio, que comete semejantes negocios, al Procurador como experimentado: no al Rector, que como ignorante de su manejo, puede cometer yerros considerables.

Hè hablado de la obediencia, que el V. Padre practicò siendo Prelado; porque de aqui se demuestre la que observò siendo Subdito. Quien, quando mandaba, obedecia, como Subdito muy rendido; siendo

Sab-

Subdito, claro eſtà, que obedeceria, aſsi en lo mucho, como en lo poco: aſsi en lo favorable, como en lo adverſo: aſsi en lo facil, como en lo dificil, ſin repugnancia, ni mueſtras algunas de parecer contrario. Bien lo teſtifica la ſerie de eſta Carta en los tractos de ſu vida: eſpecialmente en ſus enfermedades; las que le dieron tantos Superiores, quantos le viſitaban Medicos, y quantos Enfermeros le aſsiſtian. Siendo penoſiſsima la curacion, nada ſe dexaba de hazer por reſiſtencia del enfermo, que en aquello no miraba tanto à ſu ſalud, quanto à la obediencia. De la qual diò el mas prodigioſo exemplar, quando el Superior lo exhortò, à que ſe viſtieſſe, en las circunſtancias, que quedan advertidas.

Aunque lo intentò, no pudo conſeguirlo, quizà porque ſe vieſſe, quã deſaſido eſtaba de las coſas de eſta vida, pues aun del veſtido le era yà el uſo impoſsible. Nunca tuvo otra coſa, en lo que le permitia la neceſsidad: porque como verdadero hijo de la ſanta pobreza, honraba à ſu Madre, alegrandoſe de ſer, y parecer pobre. Criòſe el V. Padre à los pechos de la miſericordia, que le hazia repartir entre los miſerables lo que poſſeìa, como dueño: y paſſando à la tutela de la Religion, eſta lo deſpoſſeyò aun de las eſperanzas. Siempre viviò pobre, porque, ò lo executaba la pobreza del que ſe le ponia à los ojos, à quien no reſervaba ni ſu comida; ò el voto, que no le permitia alhaja de algun precio. Regalaronle cierta vez quatro pozuelos de China, y dos cocos de Goathemala: traſteſillos, que no deſdizen de

un Religioso. Pero al P. Zorrilla le parecieron tan dissonantes, que luego los llevò à la Procuradurìa. Tan mirada era su pobreza. Lo mismo hazia con qualesquiera otros regalillos: los que, quando mucho retenia, para convertirlos, ò en limosnas, ò en adorno para la Iglesia del Colegio en que vivia. Motivabale à esto segundo el fin de compensarle en algun modo los gastos de su curacion: De que tenia grande escrupulo, por pensár, que no avia venido à la Religion mas, que à serle cargoso: y que siendo sujeto inutil, hazia en èl mas costos, que los que permite la charidad en los miserables.

Por esso teniendo libre la disposicion de muchas cosas, quando gobernaba, nunca quiso aplicar à sus forzosos menesteres, ni la mas pequeña. Sucediò muchas vezes, obligado de su mucha debilidad, venir en coche, y no tener un real en la bolsa, para cortejar al cochero. Lo que pudo saberse, porque para salir del empeño rogaba à el Hermano Portero supliesse aquella falta, y quedaba muy gozoso de sentir tal vez efectos de la santa pobreza. Pero contentandose esta virtud con que regule sus efectos la discrecion; llegò tiempo, en que preocupando à la discrecion la necessidad, esta fuesse de sus efectos la regla: experimentandolos en la falta de chocolate, y otros subsidios indispensables, aun para los sanos. Màs el V. Padre daba gracias à Dios, porque le avia puesto en estado de vivir à expensas de la agena piedad, que le socorria con oportunas limosnas. Lo que se harà mas reparable con el recuerdo de su passada fortuna,

tuna; que le huviera llevado (à lo que podemos conjeturar) hasta la cumbre del honor, y à una grande opulencia. Fue reparo de algunos, que en la Prebenda, que dexò el P. Zorrilla entrò el Ilmo. Señor Dr. D. Nicolas Carlos de Cervantes. Y aviendo este ascendido à la dignidad de Obispo, descubrian el rumbo, que huviera llevado el V. Padre, si huviera permanecido en el mundo. Porque hallandose con las mesmas recomendaciones de virtud, y letras, que su successor, y teniendo en Madrid buenos brazos, sin duda huviera caminado el P. Zorrilla, por los passos mesmos del Sr. Cervantes, al gobierno de una Iglesia: donde tendria de sobra el regalo, puntual la asistencia, y à su gusto el servicio. Pero no estaria el Padre tan contento con aquella abundancia, como lo estaba con esta inopia, alegrandose de averlo abandonado todo por Christo, y ratificando su renuncia, como verdadero pobre de espiritu, discipulo de aquel Señor, que siendo rico, se hizo menesteroso, y muriò desnudo en una Cruz.

Este exemplar tenia à los ojos el espiritualissimo Padre, à cuya imitacion se desnudò de todo quanto pudiera ser alivio à su cuerpo: y aun del cuerpo mismo, que es vestido del Alma. No hallaba esta en el cuerpo abrigo amoroso, sino cruel cilicio, que le martyrizaba con estimulos de concupiscencia. Quiere N. S. P. que sus Hijos en la pureza imiten à los Angeles: y à este tan alto, como glorioso assumpto aspirò el castissimo Padre luchando incessantemente consigo mesmo. Guar-

daba

daba dentro de sì una brasa, que lo encendia, y afanaba por no quemarse. Ocupaban su phantasìa feìsimas especies, que viciaban à quantas percebian los ojos; y hazia extraordinarios esfuerzos para sacudirlas. Se atumultuaban en todas partes las tentaciones à combatirle: y hallandose como perdido, clamaba à Dios desde el abysmo de su nada con David: *Memorare, quæ mea substantia.* Apretaba el cilicio, repetia disciplinas, acudia à la oracion por vèrse libre del assalto. Pero nada surtia efecto: porque el conato mesmo de la resistencia, servia solo de avivar la violencia de los enemigos. Previniendo peligros su recato, rarissima vez visitaba mugeres: y quando las visitaba les huìa el rostro: y viviendo entre niños fue observacion commun, que jamàs el V. Padre tocò à alguno, usando de aquellas demostraciones, en que suele explicarse el cariño. Pero como Dios, queria probar al castisimo Padre en el fuego de estas tribolaciones, no le permitia treguas, ni por un momento. Y asi aunque siempre salia victorioso en lid tan lubrica, era la baterìa interior incessante, y tan fuerte, que le obligaba à prorrumpir en acciones extraordinarias, que indicaban su angustia, y la fuerza con que resistia. Lo mas penoso era para el V. Padre encontrarse con el enemigo, aun en la misma retirada: porque en los libros, que leìa, en quantos objetos miraba, y aun en las imagenes mismas, en que fixaba la atencion, le pintaba la imaginativa los mismos indecentes espectaculos. Pero como el Sol no mancha sus

rayos, aunque passen por immundos intermedios; assi el purissimo P. Zorrilla, metido en un cenegal de impurezas, no contaminaba el candòr de su Alma. Era hombre en lo que sentia, y era Angel en lo que blasonaba: mas con la diferencia, que nota San Ambrosio: que los Angeles sin carne vencen; y los castos en carne triumphan.

Estos triumphos eran efecto del trato, que con su Dios tenia el V. Padre. Su exercicio ordinario era la Oracion: en que reforzado su espiritu, concebia fuego divino, contra el infernal de la concupiscencia. Daba à ella el tiempo señalado: y ponia toda diligencia en el Señòr, para tenerla con provecho. Prevenia antes de recojerse los puntos: volvialos à leer á la mañana: y aviendo llenado la hora en este santo ocio, la examinaba prolixamente por el aranzel de las adiciones: apuntaba los propositos; para cumplirlos, y los defectos; para emmendarlos. A la hora commun añadia otras, yà por la tarde, yà de noche segun la licencia, que de sus Confessores tenia. Y puedo seguramente afirmar, que estaba todo el dia en continua oracion: porque lo era la Missa, y accion de gracias, en que gastaba mucho tiempo: lo era el Rosario, que rezaba vocalmente, sin faltarle la meditacion de sus mysterios: lo era el Oficio Divino, à cuyas palabras acompañaban muchos afectos: lo eran las frequentes Jaculatorias, en que desfogaba su corazon abrasado: lo era el continuo recurso à Dios en las tentaciones, en que le pedia su

gracia: lo eran las visitas, que hazia à varios tiempos, al Sacramento Santissimo, tributandole con la fee tiernos actos de amor: lo eran las platicas, que en su aposento, y en el Confessionario tenia con los proximos, todas llenas de espiritu, en que les expressaba con grande energìa la bondad de Dios. Finalmente oraba en quanto hazia: porque en todo tenia à Dios presente, y le dirijia aun sus minimas operaciones.

Con la cercanìa de la increada Luz, era iluminado su entendimiento, y à màs de aquellas ilustraciones, que eran dulzura para el Alma, recibia otras el V. Padre con que bruxuleaba sucessos muy ocultos. Miraba los distantes: miraba los futuros: miraba los que escondia el humano corazon en su arcano. El Dr. D. Pedro de Ortega, Vezino de la Villa de S. Miguel tuvo la dicha de ser discipulo, y Colegial del V. Padre, y reconvenido depone el siguionte caso. Dice, que aviendo tenido èl, noticia, morando en esta Ciudad de Mexico, del mortal peligro de su Madre; saliò por la posta con el deseo de hallarla viva, siquiera algunas horas. Siendole camino, passò por el Pueblo de Tepotzotlan, con el fin de vèr à su santo Maestro, Rector entonces del Noviciado: y aviendolo hecho determinaba seguir su viaje sin detenerse en aquel Colegio. Pero sabiendo el P. Pedro la causa de su precission, assertivamente le dixo, que se detuviesse aquel dia, porque yà su Madre era muerta. *Eran las onze del dia* (dice èl mesmo) *y segun despues supe, en aquella misma hora la estaban enter=*

ran=

rando. Ni la ſeriedad con que hablò el V. Padre, ni el conocimiento de la mala obra, que podia cauſar à ſu diſcipulo con la detencion, dàn lugar à diſcurrir, que el P. Zorrilla ſe gobernaba por conjeturas. Y no aviendo por otra parte modo de tener la noticia, nos dà argumento para inferir, que Dios le moſtraba lo diſtante al P. Pedro.

De lo futuro depone el miſmo Dr. D. Pedro, dos particulares caſos: uno mas aſombroſo, que otro. Eſtãdo una vez el V. Padre entreteniendo à ſus Colegiales con los anuncios de ſus fortunas venideras, ſe llegò el dicho Dr. à inquirir la ſuya. Y el Padre, que haſta entonces avia eſtado de burlas, ſe formalizò, y le diò eſta reſpueſta: *Tù harto tendrás, que hazer con tus hermanas. Coſa* (ſon palabras ſuyas) *que ha tenido tan puntual cumplimiento, que no ay otra coſa mas calificada en toda eſta Villa.* El ſegundo es mas circunſtanciado, y fue, que viſitando à ſu Maeſtro, en el Colegio de S. Andres eſte ſu buen diſcipulo; lo recibiò el V. Padre con eſta pregunta: *Què ai das haziendo; que te tengo laſtima?* Reſpondiòle D. Pedro, que eſperaba al Señor Obiſpo de Michoacàn, por ſi acaſo lo acomodaba en algun Curato. Entonces el V. Padre le dixo eſtas palabras: *Es tiempo perdido: porque el Señor Obiſpo no harà caſo de tì en dos años, y por Curato nada lograrás: por la abogacia harás algo.* Tres coſas diverſas encerraba la prediccion, y todas tres certifica aver experimentado D. Pedro. Porque en los dos primeros años lo mirò ſu Obiſpo con diſplicencia, y no le

 diò

diò conveniencia alguna. Despues en atencion à ser Jurista, lo hizo Juez Ecclesiastico del Potosì: de donde lo sacò para que le acompañasse en la visita, y no le diò mas. Finalmente aviendo tenido facilidad de obtener Curato, se le ha frustrado siempre por no pensados modos. Con la misma luz previno, que no avia de hazer los votos un Novicio, que avia entrado con universal acceptacion en la Compañia. Comenzò el Novicio su probacion, con muchos fervores: continuò sin novedad, y quando todos estaban de èl muy satisfechos; solo el P. Zorrilla vivia desconfiado de su perseverancia. Yà faltaba muy corto tiempo de probacion al Novicio, y no aviendo hasta entonces bacilado en la vocacion; quando su mismo Maestro esperaba, que consumasse victorioso la carrera, pocos dias antes del de los votos, se volviò al siglo: verificandose, que no los avia de hazer, como el V. Padre lo avia siempre afirmado. Tampoco se le ocultaron al P. Zorrilla secretos del corazon, cuyos abysmos solo puede sondèar vista lince de iluminado espiritu. Y mostrò tenerla el V. Padre entre otras, que serìa largo referir, una vez, que se divirtiò al Colegio de Tepotzotlan con el fin de passar en aquel santo retiro algunos dias. Estando en la primera visita con el P. Rector entrò casualmente un Novicio, y poniendo el V. Padre en èl los ojos, sin poder contenerse, dixo: *Este Novicio tiene un grande escrupulo, que no lo dexò esta mañana comulgar.* Uno, y otro aver sido, assi lo confessò ingenuamente el Novicio. Y

aun-

aunque lo primero del escrupulo, pudiera inferirse de alguna turbacion, que salìa al rostro; màs lo segundo, de aver dexado la comunion, y aver sido la causa el escrupulo, solo Dios se lo pudo mostrar. Lo que este experimentò una vez, que estuvo de passo el P. Zorrilla en Tepotzotlan, experimentaron frequentissimamente por tres años, los que le tuvieron por Maestro: persuadidos à que nada se le escondia à su perspicacia: por que siempre les hablaba al corazon, y decia lo que solo ellos podian saber. Y era esto con tanta individuacion de circunstancias, que no podian negar, que Dios le avia dado la llave maestra de los secretos, à quien les avia puesto para su direccion. Testimonio mas authorizado de esta gracia, que el Señor avia concedido à su Siervo, es el de un Padre, que viviendo en el Colegio del Espiritu Sãto, la admirò en sì mesmo. Fue à visitarlo extemporaneamente el V. Padre en ocasion, que el testigo en su imaginacion estaba revolviendo varias especies tristes, que le sugerìa conturbado su espiritu. Padecia este con la tribulacion, y fomentando, para augmentarla mas, su discurso, caìa en lo mas profundo de una fatal tristeza. Sorprendiòse al vèr à aquella hora al P. Zorrilla en su aposento: y mas, quando oyò à este, que sin aguardar razones le fue relatando, quantas él estaba concibiendo congoxas. Viendo el paciente todo su interior descubierto, se entregò al pasmo; y recibiò docil el consuelo, que le llevaba el V. Padre, à quien en adelante venerò como á hombre lleno de luz divina.

Eſta no ſolo alumbra, tambien enciende. Y eſte es ſu principal efecto: porque ſaliendo de un Dios fuego todo, en sì traè toda ſu actividad. Aquella en que el V. P. Pedro Zorrilla ardia Salamandra de amor, no pudiendo vivir ſin la cercanìa de ſu Amado. A eſte buſcaba en las repreſentaciones de las Criaturas, y mas particularmente en las realidades del Sacramento donde ſu miſma fee lo deſcubria, y rondaba la llama de ſu incendio, como ſagrada Mariposa, que deſeaba ofrecerſe holocauſto de una excelsiva charidad. Por eſta cauſa eſtando en pie, aunque ſe hallaſſe muy enfermo jamàs omitiò el Sacrificio, ni aun caminando. Y tal vez ſe neceſsitò á andar algunas leguas en ayunas, por llegar à paraje donde pudieſſe celebrarlo. En ſu enfermedad ultima dexò orden el P. Provincial, para que dixeſſe Miſſa temprano, y aſsi pudieſſe adelantar el deſayuno, en que eſtaba parte de ſu alivio; y el P. Pedro deſeando exercitar la charidad con un Padre anciano, ciego, y de genio muy prolixo, ſe le ofreciò para decirle Miſſa, y miniſtrarle la Sagrada Comunion. Lo que aquel acceptò agradecido, y cumpliò el V. Padre, obligado à dàr guſto al anciano, eſperandolo muchas vezes, mas de lo que ſufria la debilidad de ſu eſtomago. Pero aunque ſe hallaſſe ſin fuerzas, ſe alentaba: y nunca faltò, ni al conſuelo de ſu recomendado, ni á la devocion propria; diciendo indefectiblemente Miſſa, y ſin alterar en ſu duracion. Eſtando en cama deſde ella la oìa, y recibia el Cuerpo del Señor, quedando deſpues del

be-

beneficio anegado en un pielago de dulzuras su abrasado corazon. Cuyas amorosas ancias, si contenia su recato quando avia testigos, à sus solas les daba puerta franca para que saliessen en lagrimas, en suspiros, y tiernas expressiones. Passaba por las cercanìas del aposento del V. Padre otro Sujeto de la Casa, y oyendo vozes de quien se quexaba, se acercò mas para certificarse del doliente, que las proferìa: puso la atencion, y percibiò claramente, que eran amorosos sentimientos del P. Zorrilla. No pudiendo contenerse, llamò à otros, para que oyendo tambien las ternuras, requiebros, y cariños en que el V. Padre desahogaba su amor, fuessen testigos de su santidad.

Ni se quedaba en solos afectos este amor: se explicaba tambien en obras con que solicitaba el V. Padre la decencia del Altar en que residia el Señor Sacramentado. A este fin empeñada su actividad, pudo hazer un riquissimo baldoquin de primorosa tela. Corto dòn comparado con la grandeza de su animo: pero atendida su extremada pobreza, mayor, que el que le pudiera ofrecer la opulencia, en que sin duda se hallàra si el aprecio de los celestiales bienes, no le huvieran hecho abandonar los temporales. Pero todavia eran mayores, que esta liberalidad, las preciosas margaritas, que en muchas Almas tributò à Dios infatigable su charidad. Cuyo bien anhelaba siempre, y siempre con fruto: en el Pulpito, en el Confessionario, en sus platicas, y en sus acciones todas, que respiraban divino fuego,

con que encendia al mundo. El centro de la charidad es Dios: y no puede menos, que estàr violenta en este destierro, en que no goza aquel summo bien, que la arrastra à su possession. Considerandose el V. Padre peregrino en el mundo, y à peligro de carecer eternamente de Dios, à quien amaba como bien unico; se deshazia en deseos, y suplicaba à su Divino Dueño pusiesse fin à su destierro, en gracia suya, para assegurar eternamente su divino amor.

Entendiò, que el Señor avia oìdo su ruego, no por la agravazon de accidentes, que le conduxeron del Confessionario à la cama: mas por la repentina serenidad, que succediò en su conciencia. Pues aviendola tenido en un continuo sobresalto, se hallò ahora en un summo sossiego, sin que se le ofreciesse cosa, que temer. Toda su vida avia tenido à sus ojos la muerte, temiendo no le assaltasse, ò desprevenido, ò privado de acuerdo, ò preocupado de tentaciones. Pero Dios, que en estos temores se agradaba; para consolar à su Siervo, retirò los nublados, y le descubriò despejado su Cielo. Durò tres dias la bonanza: al siguiente volviò la tormenta con tanto impetu, que atumultuadas las tentaciones con los escrupulos, le obscurecian aun la luz de la fee. Quiso Dios con esta mudanza de theatro, mostrar, que assi la borrasca, como la tranquilidad, venian de su mano santissima: y assi despues de una hora de tinieblas, sustos, y horrores, amaneciò dia tan alegre, que no cabiendo en el Alma saliò à dàr de sì noticia al

roſtro, y à aviſar, que aquellas irradiaciones eran yà auroras del dia feliciſsimo, que no eſpera noche en que pueda fenecer ſu claridad. Iba deſmereciendo el cuerpo, quanto ſe iba reforzando el Alma: y conociendo el V. Padre, que yà eſtaba imminente ſu partida; no ſe deſcuydò un punto en el negocio, que ſiempre avia tratado de ſu ſalvacion. Renovò repetidas vezes ſus votos, ratificando en aquella ultima hora la voluntad de la primera. Se actuò en la Fee: avivò la Eſperanza, y añadiò llamas à ſu Charidad, ayudandoſe à morir èl miſmo, con tanto eſpiritu, y entereza con quanta pudiera aſsiſtir à otro moribundo. Admirabanſe todos de vèr ſu fervor, y ſe enternecian oyendo como iba el V. Padre exercitando todas las virtudes, y derritiendoſe en el amor divino, que interiormente lo conſumia.

Quatro dias corrieron deſde que le poſtrò en la cama la gravedad del accidente, haſta el Martes 15. de Junio, y dia tercero de Eſpiritu Santo año de 1734. Y no aviendo concebido eſperanza de mejoria la pericia de los Medicos, que cuydadoſos le eſtaban obſervando los movimientos todos; declararon eſtos, que la muerte iba tomando à toda priſſa poſſeſsion del enfermo: y determinaron, que ſe le adminiſtraſſe el Viatico de la Sagrada Euchariſtia. Lo que oyendo el V. Padre, reſpondiò con las palabras de David: *Deus meus volui, & legem tuam in medio cordis mei.* En que expreſsò conforme ſu voluntad con la Divina, y reſignada para admitir la muerte. Recibiò por ultima vez, Sacramentado à

ſu Señor: cumpliendole eſte el deſeo; que ſiempre avia tenido de comulgar el dia meſmo, que huvieſſe de morir. Quedò el bendito Padre recogido à ſu interior, gozandoſe con el Divino Hueſped, que dentro de pocas horas reciprocandole el hoſpedaje, lo avia de introducir à ſu miſmo gozo. Recibiò tambien la Extrema Uncion en todos ſus ſentidos: y aviendo colgadoſe al cuello la devota Imagen de un Santo Crucifixo, y otra de la Santiſsima Señora del Roſario; para que le acompañaran al morir; continuò ſu repoſo. El que à todos ponia en mucho cuydado: porqee yà apenas ſe le percebia la reſpiracion. Por aſſegurar la ultima diligencia diſpuſo el P. Rector que ſe le dixeſſe la recomendacion del Alma. Executòſe aſsi à las dos, y media de la tarde, con aſsiſtencia de la Communidad, que haſta el fin eſtuvo bebiendo edificacion, y aſombro del V. Padre, viendo en ſus ojos, obſervando en ſus acciones, y percibiendo en algunas mal de articuladas vozes, muchos indicantes de piadoſos afectos, llamaradas de aquel ardiente eſpiritu, que al quererſe apagar, alumbraba con mayores conatos.

Acabado eſte tierno, devoto acto, como, quien yà no tenia, que eſperar, ſe compuſo por sì miſmo el moribundo Padre en la cama: juntò las manos en el pecho: fixò los ojos en una Imagen de MARIA Santiſsima, con ſu Divino Hijo en los brazos, que tenia à la viſta, y perſeverò immoble en eſta poſtura, haſta màs de las tres. Por fin llegando ſu hora, ſin agonizar,

ni estremezerse, ni hazer otro ademàn estraño, entregò su dichosa Alma en manos de JESUS, y MARIA, para continuar (à lo que podemos piadosamente creer) su conversacion en los Cielos. Quedaron sus ojos, como dos estrellas, su rostro alegre, y su cuerpo sin aquel horror, que pinta la muerte en los cadaveres. Razon porque aun despues de aver espirado, no se atrevieron à tocarle los Enfermeros, pensando por los signos, que veìan, que aun estaba vivo el V. Padre. Hasta que dudando de su quietud, que iba muy larga, hizieron la experiencia, y lo hallaron yerto: por donde conocieron, que yà avia corrido bastante tiempo, despues de aver fallecido: admirandose de muerte tan suave, que se equivocaba con el reposo. Pero si essa muerte es la que se promete à los Justos, debia morir, como quien reposa el V. P. Pedro Zorrilla, que em su pleòvida toda en buscar la Justicia de Dios; y por assegurarla despreciò, quantos le ofrecia el mundo bienes.

Muriò teniendo de edad cincuenta y siete años, menos diez y seis dias: de compañia veinte y ocho, y tres meses: los mismos casi, que viviò en el siglo, como lo avia deseado: y de profession solemne de quatro votos cerca de diez y siete. Fue el P. Pedro Zorrilla de pocas carnes, aun teniendo salud: el rostro aguileño, y no muy blanco: los ojos hermosos, y muy vivos: la barba, y los cabellos negros: cerrada la frente: la nariz con moderacion prolongada: los labios delgados, y la dentadura pareja: recta su proceridad, y naturalmente

modesto; con lo que desde mozo se hazia amar de quantos lo miraban. Su voz era clara, penetrante, y energica: en la conversacion entretenia: en los argumentos asustaba: y movia en las exhortaciones. El natural era colerico, por la complexion: pero la virtud templò de tal suerte sus imperus, que ninguno hallaba en el V. Padre mas, que suavidad, agrado, y una voluntad deseosa de hazer bien à todos.

Dispusose para el siguiente dia el Entierro, con nuestra acostumbrada moderacion. Pero como tenia muchos apreciadores de su virtud el V. Padre, no fue possible contener las honras, que quisieron hazerle muerto, para desempeñar su obligacion, y satisfacer à su deseo. Tomò à su cargo el oficio del funeral el Señor Marquès de Monserrate, Chantre Dignidad de la Santa Iglesia de la Puebla, amartelado favorecedor de la Compañia. Assistieron muchos Señores Prebendados: todas las Sagradas Religiones, en cuerpo de Communidad, con sus benemeritos Prelados: y los Colegios de N. P. S. Ignacio, San Geronymo, San Juan, y S. Pedro. Del estado Secular el Nobilissimo Ayuntamiento de aquella Ciudad ilustre: mucha Cavalleria, y numeroso Pueblo, que correspondia con veneraciones al canto gravemente harmonioso, con que provocaba à ternuras la Capilla de la Cathedral. Encomendado el Cuerpo con tan solemne pompa, à la tierra, procurò, yà la devocion, yà la gratitud trasladar en fieles trasumptos à muchos lienzos su imagen; para perpetuar entre los

hom-

hombres la buena memoria de aquel, que vivia yà seguro de contingencias, en la de Dios.

Fue universal el sentimiento: correspondiente al sequito grande, que tuvo en vida el V. Padre, assi de domesticos, como de estraños. Señalaronse entre estos los Excmos. Sres. Duques de Alburquerque, y Linares, y el Ilmo. Señor Mrò. D. Fr. Joseph Lanciego, dignissimo Arzobispo de esta Metropoli, quienes daban siempre grata audiencia al P. Zorrilla, y prompto despacho à sus pretensiones; en atencion à que todas venian muy justificadas en la virtud de tal Sugeto. El Ilmo. Señor Dr. D. Juan Antonio Lardizabal, deseò mucho favorecer al V. Padre, y lograr mas de cerca su santa communicacion; por aprovecharse de sus dictamenes, que veneraba como à oraculos. Buscabanle Prebendados, Cathedraticos, Republicanos, y Personas de distincion; yà por satisfacer al gusto de oìr sus palabras, yà por consultarle sus dudas, yà por lo que utilizaban en sus consejos. Y al presente ay tantos pregoneros de la santidad del V. Padre, quantos discipulos, y Colegiales suyos repartidos por todo el Reyno, ocupan puestos honorificos de uno, y otro estado Ecclesiastico, y Secular.

Entre nosotros, no huvo quien no tuviera grande aprecio del V. Padre. Aun los mismos, que lo temian confessaban, que el Padre Zorrilla obraba segun Dios: y que sus escrupulos lo hazian demasiadamente rigido en el gobierno. Descendiendo à lo particular.

tienen el lugar primero los Confeſſores, que fueron arbitros de ſu conciencia. Y todos decian, que el P. Pedro era Angel en carne: hombre endioſado, y Varon iluſtre. Los Padres Provinciales, que le gobernaron, le dieron ſiempre los pueſtos correſpondientes, à ſu graduacion. En atencion à ſus eſcojidas letras, y genio para las Eſcuelas ſingular, lo puſieron primero en la Cathedra. Deſpues por lograr ſu zelo, grande prudencia, y particular talento, lo llevaron por las Prelacias, proponiendoſelo à N. Padre General, para las primeras de la Provincia. N. Padre finalmente, moſtrò en aquella Carta, que citè, el gran concepto, que tenia de ſus talentos, y religioſas prendas, no reuſando compararlo en el zelo, con que vindicò la honra de la Compañia, à un San Xavier. Y ſi no lo huvieran impedido ſus enfermedades, lo huviera ſu Paternidad honrado con el cargo de toda eſta Provincia, como lo teſtifican ſus expreſsiones.

Pero ſi Dios quiſo honrarle en el Cielo, demoſle à ſu Divina Mageſtad muchas gracias, porque ſe dignò en eſtos ultimos tiempos, dàr à eſta Santa Provincia de Nueva Eſpaña en el V. P. Pedro Zorrilla, un Hijo nada inferior à los primitivos; para que la admiraſſe con ſu deſengaño: para que la honraſſe con ſus laudables prendas: y para que la edificaſſe con heroycas virtudes; dexando en ellas un exemplar, en que puedan aprender todos: los Superiores entereza, los Subditos obſervancia, los prendados humildad, los Operarios

rios zelo, los afligidos resignacion, los tibios aliento, y quantos vivimos en la Compañia aprecio de nuestro estado. En el que el V. Padre mereciò la gloria, que como premio recibe yà de Dios, que quiere ser en sus Siervos glorificado.

Asi se lo pido à la Divina Magestad; como à VV. RR. que no me olbiden en sus santos sacrificios, &c. Mexico, Febrero 29. de 1742.

Siervo de VV. RR. en Christo.

Matheo Ansaldo.

13006
Melchor Garcia
Feb 28/21
BA 742
A 617C
cat